Isabel de Palencia

EL ALMA DEL NIÑO

EDICIONES AZTLAN

ISABEL DE PALENCIA, escritora española, nació en Málaga (Andalucía), ciudad en la que transcurrieron los primeros años de su vida con frecuentes estancias en la Gran Bretaña.

Fue su padre Juan Oyarzabal, andaluz por su nacimiento, vascongado por el origen de su apellido; y su madre escocesa.

Los primeros estudios de Isabel fueron cursados en el Colegio de la Asunción de Málaga y ampliados más tarde en Madrid y en Inglaterra.

Como escritora empezó a cultivar sus aficiones literarias en el periodismo, llegando a ser redactora de *El Sol*, *Nuevo Mundo*, *El Heraldo* y *La Esfera* de Madrid y actuando como corresponsal en España del *Daily Herald* y el *Laffan News Bureau* de Londres. No tardando amplió sus trabajos literarios con una obra de arte popular titulada *El Traje Regional de España* y más tarde con la novela *El Sembrador Sembró su Semilla*, ambas obras publicadas en Madrid, así como cuentos diversos que fueron dados a la luz en distintas revistas literarias de España. Solicitada por una editorial neoyorkina dio a la estampa cinco libros en idioma inglés, dos de ellos para niños. De los tres restantes, el primero *I Must Have Liberty* es una autobiografía y los otros: *Smouldering Freedom* es una relación de carácter histórico y el tercero la biografía de

EL ALMA DEL NIÑO

ENSAYOS DE PSICOLOGÍA INFANTIL

© EDICIONES AZTLAN, 1958

IMPRESO EN MÉXICO

Talleres de la imprenta de la

EDITORIAL B. COSTA-AMIC — CALLE MESONES, 14

ISABEL DE PALENCIA
[BEATRIZ GALINDO]

EL ALMA DEL NIÑO

Ensayos de psicología infantil

La carátula reproduce una
escultura original de
TOSIA M. DE RUBINSTEIN

EDICIONES AZTLAN
MÉXICO, D. F.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

		Págs.
Dedicatoria		7
Santos Avisos		9
Preámbulo		15
I.	La madre y el hombre de mañana	21
II.	La Vanidad	35
III.	La Terquedad	41
IV.	La Curiosidad	47
V.	La Envidia	53
VI.	La Ira	59
VII.	El Egoismo	65
VIII.	La falta de probidad	71
IX.	La Ingratitud	77
X.	La Crueldad	83
XI.	La falta de generosidad	89
XII.	El miedo y la cobardía	95
XIII.	La Mentira	103

SEGUNDA PARTE

XIV.	El sentimiento patriótico	111
XV.	Del sentimiento religioso	117
XVI.	El instinto de libertad	123

XVII. El instinto del pudor 129
XVIII. La Individualidad 135
XIX. El sentido de la lógica 141
XX. El concepto del derecho 149
XXI. El sentimiento estético 155
XXII. De la propia conmiseración 161
XXIII. El Castigo 169
XXIV. Los Juegos 179
XXV. De la risa y el llanto 187
Epílogo 191

A mis hijos, inconscientes reveladores de la suprema, universal e inalterable verdad; a las madres, que con reverencioso temor, se han convertido en depositarias de un alma, y a todos los hombres y mujeres que han tomado sobre sí la tarea de encauzar espiritualmente a un nuevo ser.

ISABEL DE PALENCIA

SANTOS AVISOS

ISABEL DE PALENCIA: *una mujer de delicada mentalidad, de cultura varia y extensa y de singularísima perspicacia observadora: la que ha firmado algunos de sus trabajos con el castizo pseudónimo de* Beatriz Galindo, *con el que evoca la memoria de la insigne maestra de latín de Isabel la Católica, ha dado a la estampa este libro, en el que no hay ni una página que no responda agudamente a las esencias del más arduo de los problemas: la educación del niño.*

ISABEL DE PALENCIA: *intenta, con fortuna, un análisis de psicología infantil. No creo que desde larga fecha haya aparecido una obra tan tierna, tan conmovedora ni tan trascendental. Descuídase al niño. El poeta germano dijo: "Los vemos, y no sabemos lo que vemos. Los amamos, y no parece que nos interesa su suerte".*

Afirma la autora que el niño casi siempre

tiene razón. Y se le educa como si careciese de raciocinio. A sus generosas impetuosidades oponemos la violencia. Las ingenuidades de su alma, que es lo mejor de la Humanidad, aspiramos a domeñarlas y destruirlas. Y el secreto de la puericultura espiritual se halla en que se combinen diestramente la tutela y la libertad. Será la lección mejor la que se componga de consejos, excluyendo las órdenes. No se dirá al niño: "No hagas esto", sino "No te conviene hacer esto".

Maquinita complicada es el alma del niño. Para intervenir en sus funciones hay que proceder con exquisita suavidad. Ni un rayo de sol trocado en estilete sería bastante delicado para penetrar en esa compleja organización. Un golpe duro puede destruirla. Millones de criaturas adolecen a perpetuidad de una enseñanza conveniente.

Es frecuente que la pedagogía vaya acompañada de la soberbia. Y al contemplar un maestro, que imagina que lo sabe todo, al muchachito que no sabe nada, le trata con altanería. Bien que en no pocos casos la natural finura del genio infantil es muy superior a la pretensa omnisciencia del domine.

Todo consiste en el desdén que los hombres dados al libro inspira la Naturaleza. Suponen los tales depredadores de la infancia que

mientras el discípulo no se ha saturado de fórmulas escritas, no es sino un animalito despreciable. Por eso, cuando un niño llega a la madurez sin que le hayan profanado las abusivas doctrinas del aula, puede asegurarse que se ha operado en él un milagro. Siempre que este tema me ocupa, recuerdo la frase de Bacon: "Más trabajo he tenido en olvidar lo que mal me enseñaron que en aprender la verdadera ciencia."

Víctor Hugo refiere en una de sus novelas la cruel barbarie de los Compra-chicos, cierta horda de criminales chinos, que robaba o compraba niños recién nacidos y los encerraba en vasijas de barro para que allí se deformaran convirtiéndose en monstruos, con los que luego explotaban la curiosidad de feriantes y circenses. Así, esas víctimas se convertían en enanos de espina dorsal torcida, en seres sin brazos, en cabezudos horrendos... Espanta el caso... Pero aún debe espantar más el que se da en tantas escuelas donde se troca al ser normal en monstruosidad espiritual abominable. ¡Pobres muchachitos los que salen del templo del saber con el espíritu torcido, con el cráneo herido, con la sensibilidad perturbada!

Este libro de la notable escritora, es, según yo entiendo, la Proclamación de los Derechos del Niño, no menos importante para la salud

humana que aquella proclamación de los derechos del hombre de que se ufanaron los viejos revolucionarios de París.

Por eso debe andar en las manos de los maestros y en las de los educandos de los colegios, manera de que sean corregidos tantos yerros, rectificadas tantas enormidades, y asegurada la existencia mental de las nuevas generaciones. Su lectura ennoblece, su consejo destruye la vieja rutina... ISABEL DE PALENCIA *ha prestado a la pedagogía un servicio eminente.*

J. ORTEGA MUNILLA

PRIMERA PARTE

DEFECTOS QUE SON FUERZAS EN POTENCIA

PREÁMBULO

"La inocencia y la infancia son sagradas. El sembrador que echa el grano, el padre o la madre que lanza la palabra fecunda, realiza un acto de pontífice y debería de llevarle a cabo con un hondo sentimiento religioso, con oraciones y suma gravedad, pues con ello trabaja para el Reino de Dios.

Toda semilla, bien caiga en la tierra, bien en las almas, es algo trascendental y misterioso..."

(*Del Diario Intimo*, de
HENRI FREDERIC AMIEL).

AL DAR a la publicación este pequeño volumen no hemos pretendido sustentar principios inviolables, ni mucho menos establecer métodos de entrenamiento de inconmovible rigidez. Ello significará no sólo presunción y una estrechez de visión imperdonable, sino contradicción ma-

nifiesta con aquella que en la obra se pretende exponer.

Un alma es algo demasiado complejo y sutil para que podamos someterla a ordenanzas ajustadas y estrictas y a una enseñanza unilateral, ya que, en virtud del incomparable y preciado don de la individualidad, cada nuevo ser constituye un problema más a resolver.

Nuestra intención, pues, ha sido únicamente buscar el origen de la marcada diferencia que, en la espiritualidad de cada niño, se advierte, y, una vez logrado tal propósito, estudiar la manera de aprovechar en lo posible su fuerza latente, aquilatando uno por uno, sus instintos e impulsos, analizando sus tendencias y defectos así llamados.

Nadie que se detenga a considerar, amplia e imparcialmente el asunto, recordando las sensaciones y experiencias de su propia niñez, podrá seguir afirmando que en el niño todo es plácida tranquilidad y sosiego.

Así se asegura; porque ello facilita la labor del educador pero, pese a los que gustan de sostener tan acomodaticias doctrinas, el crecimiento espiritual del niño origina muchas veces trastornos aún más graves y requiere atenciones más escrupulosas y delicadas que su crecimiento físico. Este en la mayoría de los casos puede asegurarse mediante la aplicación de

normas inspiradas en el sentido común, pero la deformación psicológica de un ser cuando se halla en el umbral de la vida puede acarrearle males muy difíciles de corregir más adelante.

De ahí que sea de importancia trascendental el que se vigile a los pequeños en sus primeros años cuidando de no entorpecer con ello el desarrollo de su personalidad.

En la primera fase del crecimiento psíquico de un niño los padres son los más responsables de que aquél se logre debidamente. Por desgracia se incurre con frecuencia en uno de estos dos errores: o bien se pretende que la nueva vida sea una prolongación del propio modo de ser cual si este fuera un modelo perfecto o se le niega el fruto de la propia experiencia ocultando o disimulando los errores y defectos sin preocuparse de corregir éstos.

Pese a la importancia que el asunto encierra y a la buena voluntad que muchas personas dedican a tan delicada labor, hay que reconocer que, en la mayoría de los casos, el entrenamiento que reciben los hombres del mañana no es de lo más adecuado. Y este no es asunto baladi del que podamos desentendernos.

A nosotros, hombres y mujeres del hoy que vivimos, no podrá achacársenos el malestar reinante, ni las dificultades cada vez mayores con que se dificulta nuestra misión. Estas se origi-

naron en nuestra niñez; en cambio lo que sí nos atañe, de lo que sí somos en gran parte responsables es del mañana: de la felicidad de las generaciones futuras. Ninguno puede eludir esa responsabilidad.

Las madres en primer lugar, los padres, maestros o tutores incluso los meros espectadores de la vida actual tienen un deber para con esas criaturas que son la futura esperanza de la raza humana.

Nadie deberá alegar, por más tiempo, ignorancia a este respecto y menos mal si nos aprestamos, sin pérdida de tiempo, a reparar la más grave de cuantas injusticias se cometen, cual es la de privar a los seres que con el tiempo serán llamados para regir al mundo, de la preparación que necesitan para tan alto fin.

La obra de entrenamiento deberá empezarse cuanto antes. Desde su cuna manifiestan ya, los nuevos seres, atisbos de lo que será la base de su personalidad. No hay que aplastar o ignorar esas primeras manifestaciones sino suavemente, dulcemente, tratar de averiguar de qué ocultas capas emanan esas primeras raíces y luego, sin forzar las ramas que de ellas vayan naciendo fortalecer éstas. No se puede tener un criterio unilateral si se desea llevar a buen término esta complicada labor. No hay dos pequeños que sean exactamente iguales, ni que re-

accionen, por tanto, en idéntica forma; pero como ya se ha dicho, de algo deberá servir la propia experiencia y el recuerdo de los problemas con que, en nuestros primeros años, nos vimos confrontados. Sólo dándonos cuenta de ello podremos llevar a buen término la misión que aceptamos.

I

LA MADRE Y EL HOMBRE DE MAÑANA

MUCHOS siglos han transcurrido desde el advenimiento de aquel niño cuyas predicaciones, luego de ser hombre, estaban llamadas a transformar muchas de las ideas del mundo; muchos siglos desde que, año tras año, honramos, en la memoria de aquel tierno infante, la eterna belleza de la niñez, que ensalzamos su hermoso candor y hablamos de la necesidad de proteger su conmovedora debilidad. Hasta hemos llegado a ver en la infancia el eje moral del universo y en el niño mismo "el átomo poderoso" en cuyas entrañas reposa la razón de nuestra propia existencia, porque en su frágil cuerpecillo, diminuto corazón, inteligencia y voluntad embrionarias, se hallan compendiadas todas nuestras esperanzas de futuro bienestar,

de fuerza de crecimiento espiritual e intelectual. Por desgracia, comprensión no es realización, no es acción siquiera, y por ello, veinte siglos después del nacimiento del Hijo del Hombre, hay aún muchos niños sobre cuyas tiernas cabecitas se desploma el rigor de todas las desventuras. Vidas que son como florecillas, que el azar hizo crecer en campos desiertos, cuyas raíces destruye el hielo y cuyos débiles tallos dobla el paso de la nieve. Hay aún criaturitas destinadas a sufrir desdichas que labramos nosotros, tales como la entequez y la enfermedad que son consecuencia de la general miseria y el hambre, el dolor y la desolación que engendra la guerra.

Si la obra de realización se hubiese completado debidamente, no azotaría nuestra conciencia el desgarrador lamento de tanta criaturita desvalida... Pero los hombres, como enamorados que impulsados por la codicia desfloran su propia ilusión, sacrifican a la ambición de hoy el bien de mañana y purgan su culpa los que no la cometieron, los que inconscientes nos siguen en la ruta inacabable de la vida. Si los hechos hubieran obedecido fielmente al pensamiento, no lastimaría nuestros ojos la vista de esos montones andrajosos que, en los mismos centros de la civilización, vemos formados por seres desmedrados que piden a las piedras

el calor y el amparo que el hombre les niega, ni en cerebros infantiles quedaría latente la capacidad mental, ni en las carnes lozanas de un nuevo ser se cebarían la suciedad, la miseria y la muerte.

Tiempo tuvieron los hombres para transformar el mundo de los niños en una "ciudad de la felicidad", pero su afán de gozar y cruel egoísmo les llevó a olvidar que el hoy no es ni puede ser más que una esperanza para el mañana, y los días se suceden unos a otros sin que se haya evitado hasta aquí el terrible desaprovechamiento que supone la pérdida de mil posibilidades latentes, de mil fuerzas cuyo alcance es tan imposible medir como la potencia de las corrientes que arrastra pasajera tormenta, o las partículas infinitesimales que hace girar el viento.

Nos preocupa la solución de muchos problemas y hacemos gala de sustentar numerosos ideales pero, ¡cuán insuficiente y pobre, en comparación de todos los demás, resulta el esfuerzo que a favor del niño todavía se está haciendo!

Llega para la mujer el momento cumbre de su existencia, el que la ofrece ocasión de llevar a cabo su más grande y elevada labor y ¿qué enseñanza se la exige?, ¿qué preparación

o entrenamiento se la obliga a seguir? Muy pocas.

Cierto que se lucha por mejorar la condición social y económica de la madre futura o efectiva, y las mejoras alcanzadas facilitarán en parte el cumplimiento de su misión, pero jamás se logrará cosa alguna de perdurable provecho en tanto no se consiga el reconocimiento universal de la trascendental importancia de la maternidad.

A la consideración escasa otorgada hasta el presente a dicho problema, débese el que en ningún país del mundo se haya conseguido no sólo amparar la debilidad física que a la mujer impone el cumplimiento de sus deberes maternales, defendiendo por este medio su vida y la de sus hijos, sino encauzar su inteligencia en forma que pueda realizar cumplidamente su labor educativa. Se me dirá que, respecto a la primera fase de la cuestión algo se ha hecho ya en casi todos los países, para aliviar la situación de las mujeres que van a ser madres y la de aquellas que se dedican a amamantar a sus hijos, que hay Institutos en donde puede recogerse la necesitada de auxilio para el doloroso trance del parto, comedores y dispensarios en donde reciben el precioso alimento muchas desgraciadas que, sin tener para comer ellas, han de sostener la vida de otro ser. Pero ¿qué es

eso, en comparación de lo que queda sin hacer?

Mientras haya aún en el mundo mujeres que, en las últimas y más penosas semanas del embarazo se vean obligadas a trabajar en el campo, lavar en los arroyos, encargarse de las pesadas faenas que constituyen el deber de una "asistencia", laborar en las fábricas hasta el último momento; luego cumplir con su misión, y dos, tres días más tarde, a veces con el breve intervalo de unas horas solamente volver a la lucha débiles, extenuadas y con un hijo, cuya vida, por espacio de algunos meses, dependerá exclusivamente de la suya; mientras veamos casos como éstos y no haya por doquier leyes que eviten tantas crueldades ni renglón en el presupuesto nacional que asegure a toda madre una pensión que la ponga al abrigo de cualquier dificultad económica en tanto su hijo no pueda valerse por sí mismo, puede decirse que no se ha conseguido nada. Las mujeres enfermarán, como ahora, por falta de alimentación y adecuado descanso, y los niños, esa base de nacionalidad, de cuya trascendencia empezamos a darnos cuenta, morirán raquíticos, antes de ser hombres, a cientos, a millares, como ocurre ahora.

Y si en este sentido físico se ha hecho tan poco, en lo que al aspecto espiritual del asun-

to se refiere, nuestra incomprensión y desidia es más absoluta aún.

La mujer, por doquiera, cumple sus deberes maternales primarios con fervoroso afán, con silenciosa abnegación. La enorme fuerza del instinto materno, unido a su temperamento afectuoso, hacen de la mujer latina una madre indulgente, cariñosa, dulce como ninguna otra; pero su ocasional falta de preparación y ausencia de cultura impiden ser directora e inspiradora de los tiernos seres a quienes dio la vida y sobre los que tiene preeminente derecho. Por eso es tan frecuente verla llegar al fin de su vida triste, descorazonada, en una soledad moral que a ella misma espanta, y eso a pesar del significado ideológico que el mundo ofrenda casi siempre a la madre.

Este aislamiento no puede, de momento, evitarse porque es consecuencia lógica de lo que es también causa de las debilidades generales, la ignorancia, la incultura, el desconocimiento del deber, sobre todo.

A su propia falta de educación, pueden en muchos casos las madres, achacar la llegada de ese momento temido, en que el pequeño ser que dependió de ellas para todo, una vez desarrollada su inteligencia, y no encontrando ya el apoyo acostumbrado, huye de su lado, se interna por senderos desconocidos, se interesa por

asuntos que su madre ignora, dejando a ésta rezagada y sola.

Creyó que su hijo no crecería nunca, que no necesitaría de direcciones más elevadas y amplias, y su propia ignorancia forma la infranqueable y aisladora barrera que la impide no sólo el seguir los pasos de su hijo, sino muchas veces juzgar los actos de éste con la debida imparcialidad.

El verdadero motivo de la incomprensión que existe entre los padres y los hijos se halla en el hecho de creer generalmente los primeros, que el hijo nace para satisfacción y consuelo suyo, y no para el propio desenvolvimiento, como individuo, primero, y como miembro de una comunidad más tarde. A ello se debe el que veamos a muchos padres tratando de limitar la vida joven y vigorosa que se halla encomendada a su cuidado, coartando su libertad, privándola del derecho a desenvolver su vida del modo más provechoso y útil.

Ejemplos tenemos a millares de padres que, por no separarse de sus hijos, sacrifican las aspiraciones de éstos. Otros hay que, cuando se lleva a cabo la separación, amargan la legítima alegría de lo que más parecen querer con quejas y recriminaciones injustas.

—¿Y para eso tenemos hijos? —preguntan. —¿Para que nos dejen solos? Y es que

no piensan que nuestros hijos nacen para continuar la vida, no para detenerla; para cumplir una misión en el porvenir, no en el pasado; que los hombres nuevos no pueden entretenerse en la contemplación de realidades existentes, sino adelantarse a las probabilidades del futuro, y que todo lo que no sea fomentar las ansias de vida de un ser es pecar contra la humanidad y el derecho individual.

Y si esta separación moral de los padres, y particularmente de la madre y el hijo, fuese irremediable, sería comprensible la tristeza de aquélla; pero en el fondo no lo es. Puede evitarse o amenguarse mucho su amargura, bastaría para ello que la mujer quisiera prepararse debidamente, que en lugar de lamentar su destino, como ahora hace, trabajase por aumentar sus conocimientos y procurase, como todos los educadores, marchar con los tiempos y hasta adelantarse, a ser posible, al cerebro joven, acortando las distancias establecidas por la edad. Es preciso que todos, hombres y mujeres, se convenzan de una vez y para siempre que la actitud de los niños, es casi siempre reflejo de la nuestra, y que nosotros somos, en muchas ocasiones la causa de los mismos males que luego condenamos.

Hay que tener en cuenta que el niño no es meramente un miembro de la raza humana, si-

no que posee una individualidad propia y también que pertenece a una nueva generación, de un tipo más elevado que la nuestra, siendo inferior a nosotros únicamente en la experiencia.

Es indispensable por tanto que nos demos cuenta de que el niño como ser: como individuo, tiene tanto derecho o tan poco como nosotros, a ser feliz o pesimista, a estar de buen o de mal humor, a tener iniciativa o a ser un abúlico, y que, por lo mismo, no podemos ser exigentes e intolerantes con exceso, frente a las diversas manifestaciones de su espíritu.

Nosotros somos en verdad el eje en torno del cual gira el mundo del niño; pero por eso mismo no debieran aceptar la responsabilidad de sostener sus primeros pasos en la vida del espíritu aquellos que no estén dispuestos a revestirse no sólo de un ilimitado amor, sino de filosofía, sentido común, justicia, valor, magnanimidad e inagotable paciencia.

Lo primero en que debe de fijar su atención el educador de un pequeño, a tal extremo que este punto puede considerarse como la base de todo el entrenamiento espiritual, es en lo que se refiere a defectos de carácter así llamados, y que no son otra cosa que impulsos naturales, gérmenes de la fuerza que existe en el alma y que por haber sido mal encauzadas se convierten en ocasiones en elementos nocivos.

Todas las tendencias de la ciencia pedagógica moderna aconsejan que se haga un minucioso estudio del desarrollo psicológico del niño apoyando aquél en la verdad que Goethe señaló de manera categórica y rotunda al afirmar que casi todos los defectos de las almas nuevas son "la cáscara que encierra el germen del bien". Nosotros vamos más lejos aún al creer que son el germen mismo de la bondad, y que el mal no existiría en el alma humana si cruel y despiadadamente no corrompiéramos esa semilla, si no interpretáramos falazmente las inclinaciones naturales del niño y destruyéramos las manifestaciones de la divina esencia con una mal entendida represión o con nuestra falta de tacto, de paciencia y de saber.

Cierto que, así como el cuerpo, bien por accidentes fortuitos, bien por causas hereditarias, nace a veces falto de fuerza y exige que un tratamiento especial le vigorice; el espíritu puede, en virtud de influencias atávicas, ser también de condición enfermiza y requerir medios especiales de entrenamiento. Pero lo general y corriente es que el niño, al nacer, se halle dotado de la capacidad necesaria para desarrollarse plenamente, lo mismo en el orden físico que en el espiritual, por todo lo cual desprendese claramente que lo que se precisa es encauzar, no reprimir violentamente; fortalecer,

no desarraigar de cuajo; evitar, en una palabra, que así como nuestra ignorancia y desidia son muchas veces causa de que el niño pierda la salud física, sean nuestra aspereza y falta de visión motivo de que se malogre su fuerza espiritual.

Si lo primero que inculcáramos en el niño fuese la conciencia del bien que lleva en sí y el conocimiento de su propio vigor; si así como le enseñamos que su cuerpecito se sostiene naturalmente y sin esfuerzo sobre sus pies menudos, le hiciéramos comprender que su espíritu descansa sobre impulsos natos que son en realidad fuerzas que bien controladas le ayudarán a conservar el equilibrio moral, conseguiríamos, de manera harto sencilla y eficaz, desarrollar en él esa confianza en el esfuerzo personal, que es la raíz de todo crecimiento espiritual. Pero nos empeñamos en atemorizarle, haciéndole creer que lo que emana de su voluntad y su conciencia es malo, o, por lo menos, peligroso, impedimos que aproveche las fuerzas latentes de que se halla dotado, y las que deberían orientar y guiar su carácter el día de mañana. Si como tantas veces se hace, partimos de la suposición de que un niño no es bueno, le privamos con ello, del estímulo moral y del deseo de enmienda que necesita y, al ca-

bo de algún tiempo, será malo entre otros motivos por habérselo hecho creer así.

Otro punto trascendental que nos importa tener en cuenta, es el que se refiere al ejemplo, único medio de que disponemos para demostrar nuestra competencia como educadores. El niño advierte en seguida la falta de preparación y las contradicciones en que incurren aquellos que le dirigen. Ello no significa el que hayamos de ser perfectos, pero sí que procuremos serlo, por lo menos en aquello que pretendemos corregir en el niño. Sobre todo, enseñémosle que nuestro desarrollo es fruto de luchas, muchas veces intensas. Confiémosle el secreto de nuestras propias inquietudes; hagámosle ver de qué razones nos servimos para triunfar; que nuestra alma sea como un libro abierto para él. Esta sinceridad será la mejor garantía de nuestro éxito y el único medio de que entre el niño y nosotros se establezca una corriente de comprensiva simpatía. Nada hay que tanto nos humanice, que tanto nos aproxime unos a otros, como el sentimiento de la igualdad, y tendemos con harta frecuencia a erigirnos en seres superiores frente al niño, alejándole de nosotros, en cambio, no cabe duda que tendría más fe en sí mismo si supiera que hubo un tiempo en que lo convertido en realidades hoy, no fueron en el pasado, para nosotros sino vagas y

lejanas esperanzas que se lograron tras grandes y pesadas luchas.

La única manera de lograr que nos escuchen los pequeños, es hablándoles en camaradas, no en maestros.

II

DEFECTOS QUE SON FUERZAS EN POTENCIA

LA VANIDAD

UNA DE LAS primeras manifestaciones que podemos apreciar en el modo de ser del niño, es la de un leve, casi imperceptible sentimiento de vanidad. La preocupación de embellecerse y adornarse, generalmente en imitación de sus mayores. Raro es el pequeño que al hallarse ante un espejo no contempla incesantemente su imagen; más raro aún el que no trata, por todos los medios, de atraer la atención hacia su persona, buscando un elogio, una frase de alabanza para su apariencia externa. Muchos niños, una vez pasada la primera infancia, llegan a tales extremos en este terreno, que para ellos constituye un positivo sufrimiento el

pasar inadvertidos, y algunos llegan a hacerse tan sensibles al buen o mal efecto que pueden causar a los demás, que se tornan tímidos con exceso y acaban por huir de la vista de otras personas, no por modestia, sino por una exagerada vanidad, prefiriendo no ser vistos a provocar un comentario poco halagüeño o una chanza por insignificante que ésta sea.

La vanidad no es sólo una tendencia pasajera en los niños, sino manifestación psicológica que se desarrolla en edad muy temprana. ¿Quién no ha visto a una criatura de pocos meses desvivirse por obtener un lazo o una flor, y procurar embellecerse acto seguido, colocándose el deseado objeto en la cabeza o en el pecho? Más tarde ese deseo, unido al instinto de imitación, le lleva a mirarse con gran complacencia reproducido en el espejo y a vestirse con las galas de personas mayores, y así, poco a poco, observamos cómo llega el momento en que brota en su espíritu, desligándose ya de todo impulso instintivo, el afán de aumentar sus dotes físicos. Obedeciendo a un natural deseo de agradar, muestra una definitiva parcialidad, por aquello que él entiende es lo más indicado para lograr su objeto. Así, le vemos obsesionarse por un par de zapatos nuevos, por una alhaja, por la forma determinada de un traje, empeñándose en conseguir su propósito con un

tesón que despierta muchas veces indignación en los que le rodean. Por tales motivos suelen producirse los primeros choques entre el niño y las personas encargadas de educarle. Temerosas éstas de que las ansias de figurar sean semilla de futuros males, tratan de dominar, sea como sea aquellos impulsos que estiman ser defectuosos. Para corregirlos privan de su capricho al pequeño, y muchas veces logran convertir un lógico y natural anhelo en un sentimiento de oposición sin adecuada finalidad. En algo reprobable lo que es raíz y fuente de la confianza en sí mismo. Como si el deseo de quedar bien, de representar dignamente su papel, no hubiera de serle indispensable al niño el día de la lucha. Aparte el que no tenemos derecho a convertir en pueril preocupación la fuerza que, para algún objeto seguramente, fue depositada en su corazón.

Si el deseo, perfectamente lógico del niño, de aparecer bien y de resultar bello se desarrollara debidamente, se convertiría, con el tiempo, en dinámico impulso, en pujantes ansias de perfeccionamiento moral y físico. Cuánto mejor fuera esto que el ver a una criatura desprovista de todo estímulo en uno y en el otro orden. Si enseñáramos al niño que sus sentimientos son legítimos, pero que no puede haber hermosura donde no hay escrupulosa limpieza,

elegancia sin un gusto cultivado, refinamiento sin orden; si se le demostrara que el poder de agradar no depende única y exclusivamente de la perfección del rostro, sino más aún de finura intelectual, del tacto y la sinceridad, en el trato con otros, otorgaríamos suma importancia como medio educador a ese sentimiento de vanidad que, desde la más tierna infancia, observamos en la generalidad de los seres humanos.

Al fin y al cabo, la vanidad no es sino una forma, primaria desde luego, del amor propio, del orgullo en su persona que anida en todo individuo, y que, bien orientado, es poderoso auxiliar de nuestro desarrollo intelectual y moral. Sin el orgullo de sus actos, el hombre no lograría en muchos casos máximo desenvolvimiento, ni sabría soportar las vicisitudes de la vida con la dignidad y tesón que debiera. La vanidad y sus similares, soberbia y orgullo, son el contrapeso del temor, equilibran la voluntad y la defienden del pesimismo y desaliento que en nosotros produce el cansancio y hastío de la lucha. ¿Por qué pues, reprochar al niño la existencia de una fuerza embrionaria que tan provechosa puede serle, luego de encauzada?

Más que doblegar este impulso, conviene fortalecerle con razonamientos, huyendo de cuanto pueda herir la susceptibilidad del pequeño. No tenemos derecho a burlarnos del ni-

ño. Una chanza inoportuna puede provocar en él tanto rencor como un golpe, ni debemos de oponernos a su deseo de hacer una buena impresión. ¿Acaso, no procuramos lo mismo nosotros? En cambio, puede hacérsele ver que el elogio tiene más mérito cuanto más espontáneo es.

En cuanto al temor de que el niño pueda conceder primordial importancia a su apariencia externa, lo absurdo sería que no lo hiciese. ¿En la primera etapa de la vida, no es natural que interese más la perfección del espíritu que la de la forma? Pero la razón le hará volver de su acuerdo con el tiempo, si en el intervalo no han predispuesto en contra su ánimo, aquellos que debieran de encauzar su gusto, sin que por ello quede mermada su facultad de apreciar todas las manifestaciones de la estética.

No hay que ser demasiado severos con los pequeños que aspiran a lograr la belleza. Esta tendencia obedece a llamadas de orden espiritual. Es la eterna busca del hombre tras aquello que le parece perfecto. El afán de hallar lo que complace a nuestros sentidos de la vista y el oído.

Una música estridente hace llorar a muchos niños, los colores llamativos con exceso mal combinados, hieren su sensibilidad. Quienes les

rodean deben preocuparse de que no ocurra ni lo uno ni lo otro. El campo de la estética es amplio y ofrece muchas posibilidades de acierto que ofrecer a los diminutos aspirantes a la belleza. Desde luego, conviene hacerle sentir que la belleza moral, por ser armónica contribuye a realzar la belleza física y rebasa en valor a ésta porque es la contribución que nosotros hacemos a la perfección del conjunto por nuestra propia voluntad. Tiene además el mérito de no poderse sostener sobre una base falsa. Su autenticidad ha de ser absoluta. No hay, en este terreno, engaños que valgan. Por muchos esfuerzos que se hagan a favor del disimulo, la verdad se impone siempre. Los tintes y los afeites podrán encubrir los defectos físicos, siquiera sea pasajeramente, pero en lo que atañe a la moral no ocurre lo mismo. Quien trata de utilizar fingimientos en tales terrenos, más tarde o más temprano pero irremisiblemente, descubre su verdadero ser.

III

LA TERQUEDAD

Con gran frecuencia oímos quejarse a la gente de lo que llaman testarudez de los niños, y vemos cómo se trata de remediar este supuesto defecto llevándole sistemáticamente la contraria al pequeño que incurre en el general desagrado por el tesón con que defiende sus pretensiones. Otras veces los educadores adoptan el sistema de negarse a los más inocentes deseos del niño, so pretexto de corregir la insistencia con que apoya sus peticiones la criatura. Consecuencia de uno y otro método son esas luchas desiguales que se entablan entre el niño y la madre o el educador, y en las que, para mayor desorientación del pequeño, resulta ser en él terquedad lo que en los mayores se considera firmeza. Cuando todo razonamiento falla, caen sobre el niño las más acerbas recrimi-

naciones; su madre se considera incapaz para corregirle, y, sin embargo, nadie se ha preocupado de lo primero que lógicamente debió hacerse: averiguar cuál es el motivo que ha impulsado a la embrionaria voluntad del chico a colocarse, sin temor frente a los que por la fuerza pueden fácilmente dominarle. Nadie se ha cuidado de profundizar en el pequeño corazón para adivinar si, desde el punto de vista de la infantil inteligencia, está justificada la actitud de intransigencia que induce al pequeño a pasar por todo; ruegos, amenazas y castigos, antes que ceder.

Por lo general, estas luchas entre el niño, y quien, de momento, ejerce autoridad sobre él suelen llevarse a cabo con una absoluta falta de comprensión por parte de las personas mayores que en ellas intervienen, a las que la experiencia, ya que no el cariño, debería de inspirar, ayudándolas a leer en la mente del pequeño la causa de su persistente actitud. Si así hicieran pronto se convencerían de que, por lo general, la terquedad del niño no nace de la caprichosa manera de ser de una criatura mimada en demasía, ni de un perverso afán de contradicción, sino que es una manifestación de la voluntad, en germen aún, que por cifrarse en cosas de suyo insignificantes, se nos antojan reprobables.

Hay que tener en cuenta que la perspectiva mental del niño, su idea de la vida, es mucho más limitada que la nuestra, y que, por lo tanto, el espacio y el tiempo tienen para él forma y extensión distintas a las que tiene para nosotros. Si en lo físico el recorrer una distancia, por ejemplo, no tiene el mismo alcance en todas las edades, ni el esperar un año puede exigir el mismo límite de paciencia, es evidente que el valor material o moral de una cosa no puede tampoco ser idéntico. Al negarse el infante a obedecer un mandato, en el sentido de ceder su gusto o privarse de un bien, obedece instintivamente a lo que le dicta su razón, la cual le impulsa a procurar, por todos los medios posibles, que las circunstancias se amolden a su voluntad, ni más ni menos que hacemos nosotros cuando tenemos empeño en conseguir alguna cosa, jactándonos, cuando así lo hacemos, de poseer laudable fuerza de voluntad.

Es posible que en ocasiones el niño insista por puro capricho; pero no tenemos derecho a oponernos a su manifiesto afán sin conocer los motivos que le impulsaron a sostenerse en una actitud de franca oposición a nuestro deseo. Una vez conocidos dichos motivos, podemos, si así conviene, mantener nuestra razonada negativa, que el niño, si está bien encauzado y acos-

tumbrado a que procedamos con justicia, acatará sin demora, cosa que no hará si se da cuenta de que nuestra negativa no estriba más que en el mezquino interés de imponer nuestra autoridad.

Tal sistema, claro es que requiere dulzura y paciencia sumas. Más aún: quizás sea esta fase de la educación espiritual del niño la que más continuamente y a lo vivo ponga a prueba el buen deseo del educador; pero es de tal importancia cuanto se refiere al debido encauzamiento de la voluntad infantil, que para lograr éste podemos considerar como bien empleados todos nuestros esfuerzos y compensada nuestra paciencia.

Las manifestaciones de terquedad de un niño no pueden combatirse con otras armas que las de la razón. Las reprimendas exaltadas, y sobre todo la violencia, no consiguen más que sembrar en su pequeña conciencia la desconfianza y la confusión. Aparte el que un niño siempre está dispuesto a valerse de su criterio para obtener lo que le parece justo.

Siguiendo un sistema adecuado se le hace además comprender fácilmente al pequeño, que el libre ejercicio de la voluntad afecta no sólo al individuo, sino a la comunidad toda, y que no tenemos derecho a satisfacer nuestro gusto, cuando con ello, se dañan los intereses del pró-

jimo. Exponiéndole esta razón en forma comprensiva no tendremos dificultad de hacerle ver la justicia de nuestra oposición.

Un niño, por ejemplo, pretende estar con la familia, y al propio tiempo gritar y molestar o llorar; hay que hacerle ver que no tiene derecho a persistir en su empeño, y si no se da por convencido conducirle a otra habitación y dejarle solo, con autorización para gritar allí cuanto guste. No tardará en ceder y comportarse con la necesaria mesura.

Otro día pretenderá, si hay barro, por ejemplo meterse en los charcos y mojarse los pies, capricho por el que muestran extraña predilección todos los chicos, y del mismo modo hay que explicarle que no tiene derecho por satisfacer ese capricho suyo a estropearse el calzado, gravando con ello el presupuesto familiar, aumentar el trabajo de la persona encargada del cuidado de sus ropas y exponerse él al peligro de adquirir un enfriamiento. Todas estas razones expuestas con mesura y cariño le convencerán de que no puede ni debe seguir insistiendo. Si a pesar de tales razonamientos el niño no cejase en su empeño, se le deberá obligar luego a pagarse un nuevo par de botas de su peculio particular, a limpiarse él mismo el calzado que trajo lleno de barro y a permanecer encerrado en su cuarto, en previsión de que hu-

biese cogido un catarro. Pero no será preciso recurrir a tales medidas sino tratándose de pequeños que han visto sistemáticamente contrariados sus deseos por personas de autoritaria y caprichosa intransigencia. Los que hayan sido bien dirigidos en sus primeros años y saben que quienes tienen autoridad sobre ellos nunca han abusado de los privilegios que esa autoridad les concede, acabarán por ceder voluntariamente sin dar lugar a regaños que casi siempre dejan una sombra de tristeza tanto en quienes los reciben como en quienes los administran.

IV

LA CURIOSIDAD

Es VERDADERAMENTE extraño que una de las cosas que, por lo general, mayor desesperación causan a las personas que se ocupan de educar a un niño, es el continuo preguntar. Ese eterno "¿Por qué?" repetido sin cesar por los pequeños al iniciarse su desarrollo mental.

Sin embargo, nada más lógico que esa pretensión del niño de saber a todo trance las causas que motivan los efectos de cuanto empiezan a observar en torno suyo.

La curiosidad en el niño no es otra cosa que la manifestación de su crecimiento espiritual e intelectual, y tan cruel e ilegítimo es dificultar y obstruir el avance de su inteligencia en este sentido, como lo sería el querer detener su desarrollo físico.

¿Qué diríamos de la persona que so pretex-

to de que le molestaba el tener que alargar continuamente las ropas de un niño procurase retrasar su crecimiento? Pues en la misma responsabilidad moral incurre, el que por no tomarse una leve molestia se niega a satisfacer la natural curiosidad de un nuevo ser.

El niño que no pregunta, que no indaga, que no siente imperiosa necesidad y anhelo de descifrar el misterio universal, no puede estar sano ni ser normal. Si su cerebro no responde al llamamiento que le hace la vida toda, es porque el niño es un mental raquítico, no se está desarrollando debidamente.

Y esa curiosidad del niño debería de parecernos tan lógica... ¿Acaso cesamos alguna vez los mayores de preguntar el por qué de las cosas? ¿No nos atormenta durante toda nuestra existencia la sed de averiguar aquello que permanece oculto a nuestra observación directa, aquello que desconocemos, lo que no comprendemos? Más aún nuestra curiosidad perdura aún estando convencidos de que hay misterios que seguiremos siempre ignorando.

Pues bien, siendo tan intenso como lo es en toda persona razonadora el sufrimiento que producen todos los obstáculos que se oponen a nuestras ansias de saber, ¿cómo y por qué nos oponemos, sin necesidad, por egoísmo únicamente, a que expongan sus dudas y sus ansias de co-

nocimiento quienes de modo tan absoluto dependen de nuestra generosidad para conseguir su lógico afán?

Por otra parte, es tan fácil satisfacer la curiosidad de un niño... Su cerebro, libre de todo prejuicio, y su pequeño y confiado corazón no dudan jamás. Pregunta por qué no puede evadir ese doloroso proceso de su desarrollo; pero no profundiza, y si nosotros cuidamos de no despertar recelos y desconfianzas en su alma, si no le engañamos, se contentará con la más elemental y sencilla explicación.

Lo que el niño rechaza con todas sus fuerzas, lo que le hace sufrir, es nuestra indiferencia, la negativa rotunda a satisfacer su deseo, y la irritabilidad que su petición suele producir en aquellos que más debieran enorgullecerse de su afán de saber. A las madres incumbe, muy particularmente, el sagrado deber de mantener alerta la vida del pequeño cerebro. Anejo a la maternidad existe una facultad de comprensión que la permite adivinar todo lo que hay detrás de cada pregunta imperfectamente formulada por el hijo, ella mejor que nadie, puede, aniñándose momentáneamente, descender a lo más íntimo, a lo más escondido y secreto de la incipiente razón para disipar las sombras sin estorbar la obra de las fuerzas

latentes, ni impedir el pleno y feliz desarrollo de la inteligencia.

Es preciso que nos convenzamos de que cada nuevo cerebro es una posibilidad de incalculable valor, de cuyo feliz encauzamiento pudiera depender no sólo el bien del ser que empieza a revelarse, si no quizás también el bienestar y la salud de la humanidad.

Pero no basta con que estemos persuadidos de que la curiosidad es una necesidad de la inteligencia, y en sus albores una manifestación propia de la infancia: es preciso además satisfacerla cumplidamente y con la seriedad debida. Nada hay tan injusto como el abusar de la confiada inocencia de un chico, contestando con falsedades a sus preguntas. Cuantos nos hallamos en posesión de una verdad tenemos el deber de trasmitir ésta a los que así lo desean.

No quiere decirse con esto que si el niño formulara una pregunta de índole tal que sobrepasara los límites de su natural comprensión no fuera conveniente atemperar la réplica al momento de su desarrollo y a su capacidad de asimilación; pero ello puede hacerse sin faltar a la verdad, simplificando la materia por la que siente interés, y, en último caso, cuando así lo exigiera la escasa edad o falta de preparación intelectual del pequeño, demorando la explicación, de acuerdo con él mismo, hasta que

su cerebro se halle en condiciones de percibir el sentido de lo que pretende saber. "Así como dañaría a tu cuerpo —hay que decirle— el hacer un esfuerzo violento y excesivo, se resentiría tu cerebro si le obligáramos a una tensión superior a la que de momento puede sostener".

Todo lo aceptará el niño, menos la mentira, menos la falsedad que, tarde o temprano, descubrirá, con grave quebranto de su fe en la sabiduría y bondad de los que se encargaron de dirigir sus pasos por los tenebrosos y difíciles terrenos de la experiencia.

Una de las cuestiones que más despiertan la curiosidad del niño y tal vez la que se ha llevado con mayores desaciertos es la que se refiere al conocimiento de cómo llega un nuevo ser humano a la vida.

¿De dónde vienen los niños? Es la pregunta típica con que se ven enfrentados los padres de familia no bien sus hijos comienzan a darse cuenta de que su pequeño mundo se va ensanchando y poblando de otros seres más pequeños que él.

En la época actual han quedado virtualmente desterrados los procedimientos que las pasadas generaciones empleaban para ocultar al niño cuanto se refería a este trascendental suceso en el hogar.

La vieja aseveración de que todo nuevo her-

mano o hermana "viene de París" apenas se emplea ya. Ello es muy conveniente porque las mentiras que en torno al feliz acontecimiento se sucedían dejaban olas de perplejidad y duda en las mentes infantiles, una vez que éstas iban abriéndose camino a la verdad, a través de los engaños empleados por padres y allegados para ocultar el gran misterio de la vida.

Los educadores modernos convencidos de los pésimos efectos que semejante proceder produce en los pequeños, aconsejan que para tratar de una cuestión tan trascendental como ésta deben emplearse para iniciar las explicaciones sobre la reproducción, lecciones de botánica. En las plantas y flores se encuentran maravillosos ejemplos con los que ir preparando a los pequeños para el conocimiento de la gran verdad.

De no tratarse este asunto en tal forma, los niños llevados de su curiosidad y desconfiando de los cuentos con que se trata de evadir sus preguntas buscan la contestación a éstas junto a otros chicos o personas mal preparadas y el gran misterio les es revelado sin belleza y sin dignidad.

Esta delicada cuestión tiene que ser afrontada por la madre en los primeros momentos, por los padres después y al fin por los educadores que sabrán explicarla científicamente y con elevación.

V

LA ENVIDIA

Es innegable que uno de los más grandes defectos que padecen los humanos y quizás una de las causas más importantes de la general y arraigada tristeza es la envidia. La envidia, mezquina y rencorosa, que sirve para entorpecer la acción del prójimo y empequeñecer el valer ajeno, sin estimular el propio desarrollo; a tal punto, que hay quienes prefieren hundirse arrastrando a otros en su caída a lograr con ellos el triunfo.

La envidia, que no nace del odio, ni de la soberbia, ni de pasión alguna disculpable por lo absorbente, sino de ese misérrimo sentimiento de pesar que en algunas personas provoca el bien de los demás.

El ambiente actual se halla inficionado de esa vituperable tendencia en forma tal, que ra-

ra vez se encuentran hombres y mujeres libres por completo de su influencia.

La lucha por la vida, tan desigual casi siempre a causa del favoritismo y la injusticia, beneficia sin duda alguna, la expansión de esta innoble característica; pero la raíz del mal depende de causas más próximas y profundas que esa desigualdad; entre otras, de la falta absoluta de preparación moral que padecen los niños y el equivocado concepto que tenemos de nuestros deberes y obligaciones frente a los demás hombres.

Predicamos a los pequeños ciertos principios de ética por el solo gusto de predicar, pues nuestras palabras no se basan en un firme convencimiento ni menos en la acción. Así, decimos vagamente a los que empiezan a vivir: "la mentira es mala", y a su vista faltamos luego todos a la verdad: "es preciso obedecer", y es general la indisciplina, y del mismo modo: "hay que amar al prójimo como a nosotros mismos", dando a entender que debemos de lamentar el mal ajeno y celebrar el bien, y por todos lados se oye hablar mal de extraños y allegados y regatear a los que en distintos campos sobresalen, la consideración y alabanza a las que se hicieron acreedores.

Más aún: no sólo damos en este particular pésimo ejemplo al niño, no sólo no se procura

corregir tan funesta inclinación, sino que con premeditada crueldad se la inculca a la incipiente razón, haciendo creer al nuevo ser que constituye un bien deseable lo que es de pertenencia ajena, no por el valor intrínseco que en sí tiene, sino por ser de otro. Hasta se trata de halagar la vanidad del niño con promesas que encierran un doble aspecto del placer: el de lucirse y el de hacer sufrir, con la propia prestanza, a los demás.

¿Cuántas veces no oímos estimular a los pequeños a ser dichosos a costa de la satisfacción de sus semejantes, inculcándoles que el propio goce se intensifica a medida que es más codiciado por otro, y que la alegría de ser bellos y de ir bien ataviados no es completa si no despierta sentimientos de envidia en los que nos contemplan?

¿Acaso no es frecuente que las gentes, las madres mismas algunas veces, insinúen a un niño la idea de que el advenimiento de un nuevo hermano puede ser un obstáculo a la propia felicidad, por la necesidad que implica de compartir con él juguetes y cariños? Así se le dice crudamente y sin rodeos, en lugar de prepararle para el cambio que ha de operarse en su espíritu, a medida que en este vaya arraigando la convicción de que el mundo no ha sido creado única y exclusivamente para él, sino que

está formado por las aspiraciones, los deseos, el amor, el trabajo y los sentimientos todos de infinito número de seres, de cuya perfecta compenetración depende el bienestar universal.

¿Por qué empeñarnos en labrar la futura infelicidad de los niños? ¿Por qué incurrir, a sabiendas, en errores de iniciación tan fáciles de evitar? ¿Por qué, sobre todo, se desperdician las fuerzas espirituales de que las almas nuevas están dotadas, con el objeto de que puedan emprender la lucha de la vida con la necesaria competencia?

Nada hay más nocivo, más equivocado, ni más desmoralizador para un niño, que el acostumbrarle a la idea de que no se puede vencer sino mediante un solapado sistema de eliminación. Hay que hacerle ver, por el contrario, que la presencia de otro luchador debe ser causa de estímulo, no de temor, pues cuanto se oponga a tal principio será asentar sobre una base falsa su futuro concepto de la vida. También debe de convencerse al pequeño de que el ser vencido por un contricante igual o superior a él no es en modo alguno desdoroso, ya que él tiene en sí la fuerza necesaria para elevarse, si así lo desea, al nivel que otros lograron alcanzar, demostrándole, en suma, que la vida tiene muchos elementos de felicidad, y que más vale entretener el tiempo buscando éstos, que per-

derlo en lamentar la buena suerte de otros. Hay mucha tendencia y ello es debilitante en grado sumo para la moral humana, el contar con el factor suerte como explicación del propio fracaso. Ese factor existe por desgracia en algunos casos; pero nada hay tan nocivo para el niño como acostumbrarle a tolerarle el que se aproveche de tal idea para disculpar una incapacidad que es fruto de negligencia o pereza.

Todos tendemos y ello es consecuencia del afán de ocultar nuestros defectos, a culpar de nuestras fallas a circunstancias imaginarias. La suerte no puede ser alegada como motivo de éxito porque depende exclusivamente del azar. Las ganancias del juego o de las loterías son resultados sobre los que no podemos influir. En cambio los otros factores que influyen en nuestra vida sí dependen de nuestra voluntad. Incluso aquellos que nos son adversos como la enfermedad, el fracaso debido a la mala fe o incompetencia de otras personas pueden ser evitados ya que muchas veces se producen por descuidos o desidia por nuestra parte.

En todo caso hay que inculcarle al niño que en esta vida la victoria moral es lo único que realmente importa. Según los verdaderos deportistas, y es lástima el que tan poco abunden éstos en los juegos de competencia, lo que menos trascendencia tiene es el ganar o perder.

Ambas posibilidades pueden ser resultado de situaciones que no dependen de nosotros, lo único que importa es jugar bien. Jugar limpio y con tesón porque eso es lo que desarrolla la voluntad y nos obliga a actuar honestamente para con nuestros adversarios y con nosotros mismos.

VI

LA IRA

HAY VECES en que asusta el grado de pasión que alcanzan los niños cuando se dejan dominar por la ira. Su llanto desesperado, la rabia, el furioso enojo con que se vuelven contra la persona que les priva de satisfacer su gusto, diríase que obedecen a un profundo sentimiento de odio. Tal estado de ánimo suele castigarse con más dureza que otras manifestaciones del carácter, y, sin embargo, el niño, en la mayoría de los casos, no hace, al permitir que le domine la ira, más que seguir el ejemplo de los que le rodean.

Cierto que el estado embrionario en que se halla el carácter de una criatura, su tendencia a dejarse llevar de los movimientos instintivos que impulsan a su voluntad, primero, y más tarde, a su razón, requieren un cuidadoso en-

cauzamiento, por modo que, con el tiempo, puedan servir de base a su vida espiritual; pero ello no debe lograrse tan violentamente que nos expongamos a suprimirlos en demasía o a extirparlos de raíz.

La ira en este aspecto elemental es, sencillamente, un movimiento de protesta necesario al crecimiento y desarrollo de otras fuerzas espirituales.

Si lográramos ahogar en el niño ese sentimiento de indignación, preludio de un lógico empeño por defender lo que cree de justicia, le convertiríamos en un ser enfermizo y de tan débil conformación moral que jamás le veríamos alcanzar la plenitud de acción que logra el hombre cuyas facultades emotivas no han sido suprimidas radicalmente.

Si, por otra parte, no nos preocupamos de encauzar debidamente dicha fuerza, nos exponemos a que ese instinto justo se trueque en peligroso desenfreno, en una falta de dominio que a su vez trocará en estériles manifestaciones los más bellos impulsos y tendencias de su alma.

Para conseguir el perfecto desarrollo de este movimiento de rebeldía que llamamos el impulso de la ira y conseguir que a su tiempo se convierta en sana fuerza propulsora, refrenada por la voluntad, es preciso que los que se encarguen de la crianza espiritual de un pequeño

ofrezcan a éste un ejemplo continuo de su propio dominio, y aquí es donde, por lo general, fallan los propósitos de quienes a tal fin se encaminaron.

Muy rara vez se da el caso de que una persona llegue a ser dueña tan absoluta de su voluntad, que ejerza un tan completo dominio sobre su carácter, que jamás se deje llevar, ante el niño, de los mismos arrebatos que en él pretende condenar y corregir.

La misión de educar a un niño requiere una abnegación superior a la que puedan exigir otras ocupaciones, por lo mismo, no debieran emprender semejante tarea los que no se encuentran con las fuerzas necesarias para ello. Pues no se podrá negar que es de una injusticia elemental el reñir a un chico por una falta en la que incurrimos nosotros, con la agravante de ser, en muchas ocasiones, nuestra propia falta de mesura, nuestros gestos coléricos y gritos destemplados los que en aquél provocan esos accesos de ira desenfrenada, que luego lamentamos.

Si jamás hiciéramos a los chicos víctimas de nuestro propio mal humor, es seguro que ellos no se entregarían con tanta frecuencia y por causas tan nimias al nervioso estado de exaltación que pretendemos combatir. En noventa y nueve de cada cien casos, el niño ra-

bia y se desespera porque ha visto hacer lo propio a los que le rodean, siempre que los ha impacientado alguna contrariedad, o porque, exasperado por la forma destemplada en que se le reprende, procura vengarse, sea como sea, de los que han descargado sobre él el peso de su cólera. El pequeño, que está acostumbrado a un trato de extremada dulzura y a correcciones moderadas, no se deja generalmente llevar por la ira. Pero ¿con qué derecho podrá exigírsele una ponderación superior a su edad al que tiene que sufrir las consecuencias de la irritabilidad ajena?

Antes de hacer una observación en sentido correctivo a un chico, debiéramos de pensar que toda nuestra actitud será luego estrechamente analizada por él y que contraemos una gran responsabilidad si no mostramos una ecuanimidad a toda prueba. Si así se hiciera, no se darían esos lamentables espectáculos en los que disputan, en condiciones desiguales, dos seres distanciados por los años, y que la mutua falta de dominio coloca a un mismo y deplorable nivel moral.

Cierto que se dan casos de niños de un apasionamiento tan exagerado que es preciso, a toda costa, obligarles a un moderado sentir, pero ello debe de lograrse dando a la reprimenda

más forma de reproche que de acusación, con razonamientos cariñosos, porque no debemos de olvidar que el ser que posee instintos fácilmente desmandables, tiene ante sí muchos días de lucha enconada y feroz. Hay que hacerle ver, por otra parte, los peligros a que se ve expuesto el hombre cuyas pasiones se desbordan fácilmente y las amargas consecuencias que sufre el que no sabe anteponer el bien ajeno a su propio sentir, así como el valor que tiene todo instinto cuando se halla bajo el dominio de nuestra voluntad y toda protesta que se conserva dentro de límites justos y equilibrados.

Por otra parte conviene también tener presente que en estas exageradas actitudes que adoptan lo mismo los niños que las personas mayores influye en grado sumo el estado físico de cada uno. El estado psíquico no es el único responsable, tanto como éste es preciso indagar si el funcionamiento del hígado es normal y si el sistema nervioso se halla debidamente equilibrado.

La falta de ejercicios corporales, el exceso de comidas excesivamente grasientas o picantes. El abuso del café o el té cargados son causa muchas veces de la falta de control la irritabilidad inmotivada a que se entregan grandes y pequeños.

En estos últimos también influye el indu-

mento. Un traje demasiado caluroso, un calzado excesivamente ajustado son muchas veces responsables del nerviosismo que hace explotar al pequeño en incontrolado mal humor.

Los impulsos de la ira no siempre son condenables. La indignación que una injusticia provoca en las pequeñas almas es una fuerza en potencia que bien encauzada puede llevarle a situarse junto a los indefensos y débiles y frente a los que abusan de su fuerza. En el eco de la "santa ira" que todos debemos de sentir cuando la injusticia impera.

VII

EL EGOÍSMO

El niño es instintivamente egoísta y avaro. Basta con que extendamos la mano hacia una criaturita de pocos meses, haciendo ademán de coger lo que guarda entre sus manecitas, y se apartara con desconfianza, ni más ni menos que hace el cachorrillo al que se trata de arrebatar un trozo de pan.

En obediencia a lo que le indica su instinto, defiende, el pequeño, lo que posee: pero sin malicia ni odio hacia persona alguna determinada, ya que ni el odio ni el amor hallan cabida en su corazón en tan tierna edad, y en este particular, en esta ausencia de sentimental influjo es en lo que sus actos se diferencian más substancialmente de los nuestros.

Al considerar esta cuestión, como todas las de orden moral, solemos consolarnos reflexio-

nando que el niño es una masa que nosotros podemos modelar a nuestro gusto y antojo. Sin embargo, no tenemos derecho a operar sobre el alma infantil, si no tenemos la seguridad de aprovechar debidamente sus fuerzas. Esto se consigue más con el ejemplo que con las palabras, y en lo que al egoísmo se refiere, no puede negarse que en la sociedad actual impera una feroz preocupación por el bien propio a costa de la conveniencia ajena.

La limitación de las familias, impuesta por las exigencias de la época, ha entrado por mucho en el desarrollo de esta desenfrenada egolatría, y asimismo las ventajas materiales y holgura de la vida moderna han dificultado el arraigo de una virtud cuya base primordial es el desprendimiento y el deseo de justa reciprocidad.

Es indudable que entre los miembros de familias numerosas suele existir una mayor tendencia a la mutua cesión de derechos que en aquellos hogares que cuentan con uno o dos hijos nada más. Por su parte, los padres de abundante prole no pueden atender con el debido esmero a ese desarrollo espiritual del individuo que ocupa lugar tan preeminente en la pedagogía del momento.

Tal vez sea también el egoísmo imperante consecuencia de la forma errónea en que se ha

querido intervenir en la vida espiritual de los chicos, pues será siempre preferible dejar que un niño siga sus impulsos naturales que forzar éstos hacia una finalidad mal orientada.

El egoísmo es, además, fruto del excesivo y prolongado bienestar material. Los individuos, como los pueblos, necesitan que hondas perturbaciones de orden ideológico saquen a flor de tierra sus reservas ocultas. En esas sacudidas morales despréndense las almas de todo lo superfluo, y, como en tierra removida por el arado, quedan arrancados de cuajo los elementos dañinos que se introdujeron entre los sanos y útiles, amenazando ahogarles.

La excesiva tranquilidad aumenta el afán por lo puramente material. En ella pierden su temple las almas, empezando por hacerse muelles y acabando por verse sumidas en letal indiferencia.

No quiere decirse con esto que para fortalecer el espíritu sea preciso prescindir de todo goce externo, ni que sea indispensable sacrificar por completo la vida física a la del espíritu bastará con que desde pequeñitas se acostumbren las almas a robustecerse mediante la lucha, no a huir y a olvidar las contiendas que en la conciencia y el corazón han de provocarse fatalmente.

El imperio de la vida exterior se logra des-

de fuera hacia adentro, el de la interior, por el contrario, una vez perfectamente afianzada, irrumpe hacia fuera, embargándolo todo y poniéndonos en comunicación con otras individualidades. El egoísmo no suele anidar en los que llevan una intensa vida espiritual, por constituir la cesión de un bien una satisfacción más que un deber. Antes de que así lo comprenda el niño; sin embargo, tendrá que conformarse con las exigencias anejas a toda vida en común, empezando por la de su familia, y aprender el inconmovible principio sin el cual no puede subsistir el ideal de la colectividad: la reciprocidad y mutua consideración y respeto, aun a costa de la complacencia y satisfacción personal.

El niño tiende a creer que el mundo se limita a su hogar. Cuanto sea ajeno a éste es para él algo extraño, desconocido compuesto de elementos con los que no tiene ligazón, fuera de los que puedan divertirle o por el contrario inspirarle temor; muchas personas encargadas de cuidar a uno o varios pequeños son muchas veces las responsables de ese último sentimiento. Con el objeto de facilitar la guarda del niño, evitar el que quiera estar fuera de la casa o pueda alejarse más de lo que conviene, le asustan con cuentos absurdos con lo que además de mentirle exponiéndose a que él descubra la fal-

sedad y pierda toda confianza, forman en la pequeña mente complejos que luego son muy difíciles de erradicar. Complejos de antagonismo, desconfianza, recelo y disimulo, obligando al pequeño a reconcentrarse demasiado en sí mismo.

Una vez que sea mayor sabrá discernir lo que haya de bueno en cada uno de los seres humanos con los que pueda tropezar en la vida y se apartará de aquellos cuyo trato no le convenga cultivar, pero esa decisión tendrá entonces una base razonada.

VIII

LA FALTA DE PROBIDAD

INCURREN los niños con bastante frecuencia en pequeñas faltas de honradez o integridad, que dieran que pensar si lo habitual del caso no nos demostrara que obedece a un deseo instintivo de acaparar aquello que atrae su atención, y que rara vez persiste dicha inclinación una vez que el respeto a la propiedad ajena ha sido asimilado debidamente por el pequeño.

En tanto el niño es de corta edad, los que le rodean suelen darle todo lo que se le antoja. Para complacer un capricho efímero, se despoja de juguetes y bombones a los otros hermanos y se le entregan cuantos objetos exige su imperioso afán, dándosele a entender que tiene perfecto derecho a tirar y romper todo cuanto por antojársele ha caído en sus manos. Pero a

medida que crece el diminuto acaparador, van hartándose de su propia complacencia los que le rodean, y el niño, al verse arrebatar inopinadamente sus más preciados privilegios, busca el medio de lograr su capricho.

Hay casos en que la primera explicación acerca del elemental principio de la propiedad es suficiente, en otros, la enseñanza requiere tiempo y paciencia, dificultando su comprensión, sin duda alguna, la facilidad con que las personas mayores incurren también en pequeñas faltas de integridad, que el niño, con su clara lógica descubre e interpreta a su manera buscando en ello la disculpa y hasta la justificación de sus actos. Como podrá conceder primordial importancia a las palabras de quienes le prohiben atentar contra el interés de otros, si éstos luego no muestran reparo en cometer las mismas faltas, excusándolas con el pretexto de haber sido llevadas a cabo con ingenio. Celebrando como una gracia por ejemplo el haber pasado una moneda falsa —con evidente daño para un tercero—, el haber evitado, merced a una aglomeración excesiva de pasajeros pagar el tranvía, o burlar a un acreedor, o percibir un sueldo sin hacer nada por merecerlo.

¿En cuántos casos no ven los niños que los que los rodean adquieren cosas sin intención de abonarlas, que a ellos mismos se les anima en

los jardines públicos y a espaldas del guarda a coger flores que son propiedad de todos, y que parte del comercio, con tolerancia tácita del público, se enriquece indebidamente merced a la falta de peso y mala calidad de las mercancías?

¿Cómo, después de esto, puede extrañarnos el que un niño pierda la noción exacta de lo que es justo en este sentido y que su alma engendre poco a poco, la convicción de que es lícito despojar al prójimo de su propiedad, y de sus derechos, siempre y cuando se cuente con la astucia y picardía necesarias para no ser descubierto? Al llegar a dicho convencimiento, apresúrase el pequeño a poner en práctica estas acomodaticias teorías, y primero con los hermanos, más tarde con los compañeros de colegio, y siempre dentro de un terreno de aparente legalidad, procura lucrarse a costa de los que le rodean. El aprendizaje sírvele, más tarde, para medrar a expensas de clientes, compatriotas y semejantes.

Cuántos, de los que hoy se aprovechan del que es más débil, hubieran obrado de distinto modo si en su niñez hubieran oído censurar duramente las más insignificantes faltas de integridad, si los que entonces les rodeaban se hubiesen resistido a cometer una bajeza, por insignificante que fuera, si se les hubiese mostrado, en términos claros y contundentes, que

los derechos de nuestros semejantes deben de sernos sagrados y que no hay razón alguna que pueda disculpar el engaño y el fraude.

Desde luego las ocasiones para lograr ventajas en este terreno se le presentan de continuo a los chicos. En la escuela por ejemplo. Con un poco de habilidad y audacia encuentran muchos modos de engañar a sus maestros y obtener inmerecidas notas buenas con ello. También les es fácil apoderarse de objetos que son propiedad de sus compañeros. Muchas madres se quejan de que sus hijos regresan a la casa con los bolsillos llenos de pequeñas cosas que son propiedad de otros niños.

Si la madre no obliga al chico a devolver lo que se ha llevado acabará por adquirir como una costumbre el echarse al bolsillo pequeños objetos que hayan atraído su atención o despertado su codicia.

Esta costumbre es la que más tarde lleva a gentes de defectuosa formación moral a llevarse de las casas de sus conocidos, cucharillas, fosforeras y pequeños objetos de adorno. En los hoteles estas faltas de integridad llegan a su colmo. Toallas y elementos de tocador, servilletas, periódicos y papel de escribir pasan a las maletas de los clientes con pasmosa celeridad.

En los establecimientos de comercio perso-

nas de muy respetable posición se ven a veces detenidas por sorprenderlas en el acto de ocultar en su bolsa un par de guantes o de medias, pañuelos, perfumes y otras cosas que han llamado su atención.

Esas faltas de integridad causan muchas veces risas en las gentes que no se dan cuenta de que la importancia de una falta de integridad no radica en el valor del objeto robado sino en la falta de moral, y la debilidad de voluntad que supone el no poder resistir a la tentación de cometer semejante falta.

IX

LA INGRATITUD

REPRÓCHASE al niño el no poseer en un grado positivo el sentimiento de la gratitud.

Sin embargo, si por gratitud se entiende reconocimiento de un favor recibido, hay que convenir en que el niño no sólo experimenta dicho sentir, sino que lo manifiesta en aquello que alcanza y aprecia su limitada comprensión, hasta tal punto, que jamás olvida lo que él interpreta como una prueba de interés o bondad para su persona. Una caricia, un pequeño obsequio, un rato destinado a jugar con él y a distraerle, o hacerle reír, dejan huellas indelebles en su corazón y su memoria.

Claro es que, dada la diferencia de apreciación que existe entre el cerebro del adulto y el del infante, la gratitud tiene en uno y otro distinto significado y alcance.

El adulto se rige, o debía de regirse, por un sentimiento de ética y otorga su reconocimiento, independientemente de toda consideración individual, a los actos del prójimo que en-

trañan mayor suma de abnegación y desprendimiento.

El niño, en cambio, juzga desde un punto de vista puramente personal, y atribuye más mérito a aquello que más directamente le satisfizo.

Para la limitada comprensión de un pequeño, la persona que le ofrece una golosina tiene en su recuerdo más relieve que la que sacrificó gusto y comodidad en interés suyo. Pero ello no puede extrañarnos, ni mucho menos ser objeto de nuestras censuras.

Una criaturita no suele apreciar el valor intrínseco ni el alcance moral de lo que se hace en su obsequio, y lo mismo que destroza un juguete de prodigioso mecanismo, sin otro fin que el de saber cómo estaba construido, acepta los desvelos y preocupaciones que en su beneficio sufre su madre, sin estimar de todo ello más que el cariño que en forma de caricias y regalos le otorga ésta.

Así, cada generación sucesiva escucha el mismo reproche: "Los hijos jamás agradecen lo que por ellos hacen los padres" pero la misma universalidad de la frase es prueba de que la ingratitud así llamada, no es culpa sino desconocimiento. Aparte el que rara vez se demuestra al niño el verdadero concepto de un sentimiento cuya esencia debería ser la sensi-

bilidad para apreciar, en todo su valor, el sacrificio ajeno y la comprensión de la intención que motiva a éste.

Otra cosa que se debe de tener en cuenta es que salvo en raras ocasiones, al niño se le enseña, no a agradecer, sino a corresponder, en interés propio, a las bondades y atenciones de otros individuos para con él, y esa correspondencia absolutamente interesada, acaba por destruir las fibras más delicadas del sentir, a tal punto, que cuando el pequeño llega a analizar las acciones de las demás personas, mide su valor por la satisfacción que a él han podido proporcionarle.

Ningún niño es pues, ingrato por deliberado impulso, y los que le rodean tienen la obligación de encauzar sus sentimientos en forma que éstos respondan a un sentido de justicia más que a una impresión personal.

A más de estos aspectos, el sentimiento de la gratitud puede, si no está bien orientado, entrañar un nuevo peligro para el niño inculcándole la idea de que los bienes que apetece no están al alcance de su propio esfuerzo, concepto que debilita su amor propio y con éste su voluntad, y le lleva a confiar excesivamente en el poder o el buen deseo de otras personas descuidando sus fuerzas naturales y evadiendo toda responsabilidad.

No hay que confundir el agradecimiento con el servilismo, tendencia muy corriente y nociva al desarrollo de la individualidad, pues si bien es natural que otorguemos nuestra simpatía a las personas que, sin interés ulterior nos asisten en el logro de una aspiración lícita que requiera tal cooperación, ello no debiera jamás obligarnos a la reciprocidad en empresas ilícitas o sencillamente inútiles, forma de agradecimiento que exigen muchos, ni excluir de nuestra predilección a las personas que no tuvieron ocasión de prestarnos apoyo.

Considerado bajo su más noble y puro aspecto el sentimiento de la gratitud, debería, en verdad, limitarse a un sentimiento de admiración y reconocimiento de toda obra bella, independientemente del interés personal, a una sensación de complacencia ante la armonía espiritual de otro ser, aun cuando no nos beneficiare directamente. Así ocurriría si el concepto "favor" quedara sustituído por el de "justicia", si el derecho de cada cual, y no la influencia, prevaleciera en todos los órdenes de la vida. En tanto no impere tal estado de cosas, es necesario que inculquemos en los niños la firmísima idea de que la satisfacción que pueda inspirarnos la cordial acogida, y hasta el auxilio de otro ser, no obligan jamás a una correspondencia que no apruebe la conciencia y, por otra

parte, que no tenemos derecho a convertir la bondad y generosidad de nuestros semejantes en un bien explotable para el propio aprovechamiento.

Un niño siempre sabe si lo que pide es justo; lo sabe instintivamente y si se resiste a reconocerlo es porque sus pequeñas apetencias personales le llevan a exigir lo que, en el fondo de su conciencia, sabe que no merece.

También nosotros los mayores incurrimos muchas veces en pretensiones que no tienen una base de justicia. El deseo nos ciega hasta el punto de convencernos a nosotros mismos de que es justo lo que exigimos y la única diferencia que existe entre el niño y el mayor, en este terreno, reside en el grado de importancia de aquéllo que a los ojos de uno u otro pueda tener el objeto deseado. Aspírese a la pelota con que juega un niño o la joya que ostenta una amiga nuestra, la admiración y el deseo que ambas cosas suscitan, es fruto de un mismo afán de posesión y de un mismo sentimiento de gratitud si al fin llega a nuestras manos.

El verdadero y más noble sentimiento de gratitud no es el que nace en nosotros como correspondencia a un bien material recibido, sino el que espontáneamente despierta, en nuestro ser íntimo, la emotiva contemplación de lo bueno y lo bello.

X

LA CRUELDAD

La crueldad parece una condición ingénita en el niño, asegurando algunos que es una de tantas fuerzas sin finalidad de que está dotada el alma. No podemos estar conformes con semejante teoría los que opinamos que en nuestra vida interior no existe elemento alguno sin objeto o que no haya nacido exclusivamente para el bien, aun cuando algunos de los medios de que disponemos para lograr plenitud moral y física asuman, en ocasiones y antes de encauzarse, aspectos extraños e inquietantes.

¿Cabe suponer, por ejemplo, que el niño de pocos meses que arranca el cabello al incauto que se pone al alcance de sus manecitas ansiosas o el que estruja a un pajarillo hasta privarle de la vida lo hace con deliberado propósito de herir y dañar?

No; uno y otro obran inconscientemente, por exceso de cariño o por retener el bien que adquirieron.

Sin embargo, no se puede negar que en ocasiones, y a medida que el niño va creciendo, se aprecia en él a veces una señalada inclinación a maltratar, sin escrúpulo, a cuantos seres indefensos le rodean, a transtornar el sentido de la ley que hizo al hombre dueño y señor del universo por su inteligencia, autorizándole a servirse de los animales moderadamente y con justicia; nunca a gozar con su martirio. Pero creemos firmemente que cuando un sentimiento contrario arraiga en el corazón del niño, ello es debido a que otros se lo inculcan con palabras primero, y más tarde con el ejemplo, haciéndole creer que los animales son seres nacidos única y exclusivamente para distracción y diversión del hombre.

Se ha dicho muchas veces que en ningún otro país del mundo se maltrata a los animales en el mismo grado que en las tierras de abolengo hispano. Sin duda tal idea es exagerada pues por algo fue preciso fundar en otros pueblos sociedades protectoras de animales; pero desde luego puede darse como cierto que en los países mencionados se exteriorizan más esos malos tratos y son más tolerados por las personas cultas y conscientes.

No podía ser de otra manera desde el momento en que se considera como diversión por excelencia un espectáculo como las corridas de toros, al que acuden miles de personas a ver despedazar, en medio del general aplauso, a caballos indefensos y a una noble bestia sin malicia. La gran escritora española Concepción Arenal, ardiente defensora de todos los seres débiles dijo de la fiesta de los toros que en ella hay "un ser consciente, que es el toro; una víctima, que es el caballo y una bestia, que es el público". Las corridas de toros, como las riñas de gallos, repugnante pasatiempo que aún se celebra en muchos países, y el tiro de pichón, son un incentivo a la crueldad, y las personas que con tales deportes gozan pierden derecho a quejarse de la inconsciente actitud de los niños frente al mundo irracional y a reprenderlos por martirizar a un animalito cualquiera.

¡Qué abismo entre los que se desviven por aplaudir a un matador de toros y el angélico Santo de Asís, sublime predicador de la fraternidad universal, que siendo hombre se hacía niño para hablar con las fieras, con las flores, con las avecillas, y veía al Creador en todos los aspectos de su obra maravillosa, y jamás desdeñó ni maltrató al débil! "Oh, hermanas mías, tórtolas sencillas e inocentes, ¿por qué os dejáis coger?" decía a las aves aprisionadas por el muchacho inconsciente. ¿Habrá lección más bella que enseñar al niño la que encierra este

tierno afecto que el Santo tenía para todos los seres, habitantes como nosotros del Universo Mundo?

Si al niño se le hiciese ver que los animales no son propiedad nuestra, sino colaboradores del hombre y copartícipes suyos en la armonía general; que tienen derecho a nuestra estima y reconocimiento, cuanto más a un trato considerado, y que es una enorme cobardía el maltratarles, seguramente los chicos obrarían de otro modo frente a los "amigos mudos", como llaman los ingleses a los miembros del mundo irracional.

El niño ama instintivamente a los animales, y no persistiría en su inconsciente crueldad si se le hiciese comprender que aquéllos sufren, aun cuando sus lamentos y quejas no siempre nos sean comprensibles; si se le hiciese ver que, en efecto, son hermanos nuestros todos los animales, unos hermanitos más débiles, a los que hay que proteger y defender, y si se le demostrara que la bondad, bien lo comprobó el *Mayor de los Mínimos*, es el mejor, el único medio de lograr sumisión y obediencia en los seres dotados de instintos más fieros, el único capaz de despertar ilimitada devoción en los "hermanos servidores del hombre".

Pero no es sólo en lo que se refiere a los animales en lo que hay que luchar contra la crueldad que manifiestan algunos niños, hay también entre los pequeños quienes gozan ha-

ciendo sufrir a sus semejantes; torturando moralmente al que es tímido en los juegos o torpe en los estudios. La burla es un terrible instrumento de martirio y debe de impedirse a quienes gustan de manejarla el que por un capricho o complacencia sádica tengan en vilo a otros niños, cuyas ansias de desarrollo físico y mental pueden malograrse por la saña con que se les persigue en este terreno. Las maestras encargadas de la vigilancia de los pequeños que cursan la primaria son las que pueden cortar de raíz los crueles impulsos de niños que gustan de mortificar a sus condiscípulos.

XI

LA FALTA DE GENEROSIDAD

HAY ALGUNOS niños en los que el instinto de conservación tiene tal fuerza y preponderancia, que domina casi en absoluto otras tendencias naturales, sobre todo las de carácter afectivo. Así ocurre, por ejemplo, con el impulso que mueve al pequeño a acaparar cuanto le rodea, sin preocuparse de que otros se vean privados, por culpa suya, de los derechos que les corresponden y sin que el oírse tachar de tacañería y avaricia le haga desistir de un empeño que más que capricho parece ser una exigencia de su temperamento.

No conviene, al tratarse de niños que se hallan dominados por ese obsesionante deseo de conservar por grado o por fuerza lo que cayó en sus manos, el empleo de procedimientos excesivamente rigurosos, tales como arrebatarles

violentamente el objeto que adquirieron o castigarles hasta obligarles a ceder, sistema con el que sólo se consigue infundir en el tierno ánimo un concepto equivocado de la justicia, por el cual se creen vencidos merced a su debilidad y obligándoseles a buscar compensaciones a esa inferioridad en la ocultación y la evasiva, remedios mucho más peligrosos y nocivos que el mismo mal.

Para corregir este desmesurado afán de conservar lo propio y apoderarse de lo ajeno, que muestran algunas criaturas, lo mejor es recurrir a otros niños, no sin antes haber aconsejado y advertido plenamente al pequeño. La experiencia que se desprende de ese mundo infantil, tan complicado relativamente en el terreno psicológico, como pueda serlo el nuestro, enseña a todo miembro de la diminuta comunidad que el que quiera ver respetados sus derechos tiene que empezar por respetar los de otros, y que el aislamiento, consecuencia inmediata de la falta de generosidad, es infinitamente más duro de soportar que la privación de un gusto pasajero. El excesivo anhelo de conservación se encauzaría favorablemente en muy poco tiempo, una vez convencido el que lo padeciera de lo injusto de su proceder.

Claro es que la generosidad debería de basarse en un ideal más puro que el que pueda

ofrecer el propio aprovechamiento y conveniencia, e inspirarse en sentimientos de equidad y amor fraternal; pero esos nobles anhelos se bastardean, por desgracia, con harta frecuencia, y acaban por reducirse a una egoísta resolución de no prescindir del prójimo, para que éste, a su vez, no prescinda de nosotros.

La falta de generosidad en un niño puede obedecer a la escasa sensibilidad afectiva del pequeño, a la calidad menos exquisita de su percepción, a la falta de intensidad de sus cualidades emotivas o a la previa falta de preparación moral que permitió el indebido crecimiento y desarrollo de las inclinaciones egoístas.

En todo caso será preferible que el niño, moderando sus impulsos absorbentes, aprenda a vivir en paz con la colectividad, a que por falta de encauzamiento olvide los elementales deberes que impone la relación con los semejantes.

Por lo demás, no cabe duda de que, presentadas estas cuestiones al niño desde el punto de vista de una estricta equidad, será muy raro el muchacho que no se convenza y se apresure a enmendar el error en que impensadamente incurrió.

Por otra parte, los sentimientos generosos no pueden limitarse a lo material, sino extenderse a cuanto afecta al hombre en sus relacio-

nes con los demás seres. Hay que demostrar al niño que no basta el ser desprendido únicamente en materias económicas; sino también en lo que se refiere a la formación del criterio y emisión del juicio respecto de la obra ajena, y que tenemos la obligación de estudiar los motivos que impulsan la acción de otros hombres y reconocer si llegase el caso, aun a costa de la propia vanidad, que su mérito y valer son superiores a los nuestros.

La generosidad en cuanto a lo material es más fácil de inculcar que ese otro sentimiento de admiración que afecta directamente a nuestro amor propio y a nuestro legítimo afán de alcanzar superioridad intelectual. Sin embargo, nada hay que revele mayor pobreza de vida interior que esa resistencia a honrar la capacidad ajena, que en algunos seres llega a inconcebibles extremos. Claro es que ello no debe de obligarnos a reconocer, como ciertos y positivos, valores que son dudosos, si ello fuese contrario a lo que en realidad e imparcialmente sentimos. ¡Pero es tan frecuente que se dé el nombre de equidad a lo que es soberbia o rencor motivado por nuestra manifiesta inferioridad...! En el capítulo dedicado a la "Envidia" hay algo a este propósito.

Para evitar tales bajezas es preciso convencer al niño de que el sistema de eliminación

mediante la negación del valor que poseen otros, a más de ser innoble y perfectamente inútil, constituye un atentado moral tan grave como el pretender arrancar a otra persona un objeto de su pertenencia, con la agravante de que lo primero empequeñece nuestra visión espiritual y merma nuestra sensibilidad, en tanto lo segundo sólo nos perjudica materialmente.

Es indispensable dar a la probidad, a la honradez en todos sentidos la importancia trascendental que tiene y que por desgracia se olvida o se ignora con frecuencia en estos tiempos.

Si nos diéramos cuenta de ello cuántas calumnias grandes y pequeñas dejarían de circular, cuántos trabajos se realizarían a conciencia, cuántos negocios se llevarían a cabo con el orgullo del buen comportamiento y cuántos malentendidos se disiparían sin dejar huella.

XII

EL MIEDO Y LA COBARDÍA

UNA DE LAS cosas que más hacen sufrir al niño en el terreno de lo moral, es indudablemente el miedo, el temor no motivado por peligros reales, de los que generalmente no sabe darse cuenta; es raro por ejemplo que un niño se preocupe, al cruzar la calle, de si pudiera ser atropellado por algún vehículo, sino por males imaginarios y fantásticos que en su mente inculcó cualesquier causa accidental y fortuita.

El niño que en obediencia a su instinto de conservación levanta los brazos para evitar un golpe o una caída, no puede decirse que obra a impulsos del miedo propiamente dicho, sino para defender su vida, su pequeña existencia embrionaria, por un acto tan natural y espon-

táneo como el que le impulsa a comer o a dormir.

El miedo a que hemos hecho referencia, el que en los niños provoca una excitación cerebral y desasosiego nervioso, causa muchas veces de gravísimos males, no es una manifestación normal, base de futuras evoluciones espirituales, sino un estado artificioso; resultado, casi siempre de la ignorancia de las personas que rodean a los chicos, las que les asustan con cuentos o amenazas que hacen surgir, en mentes predispuestas a ello, ideas de peligros ignorados, imágenes tétricas y espantables, que de adueñarse largo tiempo del cerebro pueden poner en peligro el equilibrio de éste.

Los niños sufren de este temor a un extremo sencillamente inconcebible, y extraña el ver a qué punto llega, en esta materia, la ceguedad de las personas mayores, su inconsciente maldad para con los chicos, y decimos inconsciente, porque no es creíble que a sabiendas se torture de modo tan refinado a los que son merecedores de toda nuestra consideración y desvelo; sin embargo, en ocasiones no parece sino que hay seres de tan arraigada malicia que gozan con infundir pánico a los tiernos y sensibles corazones de los niños.

Por la más leve causa, la más insignificante culpa, vemos a cada momento a madres, no-

drizas y maestras amenazar a los chicos con terroríficos peligros: Que si los entregarán a un guardia, porque no andan, o les encerrarán en un calabozo oscuro, si no callan, o los meterán en el saco del ogro o la bruja si no comen, y se los llevará el "coco", si no duermen.

Para casos de mayor culpabilidad se rodea a esos caracteres de la fábula infantil de atribuciones cada vez más extensas y de intenciones más aviesas. Así, cuando la sola invocación de aquéllos no surte el efecto apetecido, se les habla de un guardia provisto de grandes cadenas que, una vez sujetas a las manos de los niños, jamás se desprenden, mándelo quien lo mandare. Otras veces se invoca la imagen del calabozo de ratas espantosas que se comen a los chicos sin dejar ni los dientes, al ogro se le adorna de horrenda joroba, en la que quedan los delincuentes aprisionados, a la bruja se la provee bien de una escoba, sobre la que huye volando con el niño en brazos, bien de un tenedor que le destroza.

¿Cómo no pensarán los que de tal modo abusan de la inocente credulidad de un pequeño que sus palabras destruyen la fe del niño en su bondad y que se están presentando ante él como seres capaces de la más despiadada severidad? ¿Cómo no temen perder el cariño que para ellas atesoró el diminuto corazón?

En el alma del niño que oye estas monsergas horripilantes, a las que suelen seguir, a medida que va desarrollándose otras de demonios, infiernos y fuegos eternos, suele verificarse fatalmente uno de estos fenómenos: o bien después de experimentar miedo algún tiempo, el preciso para descubrir la falsedad de los cuentos, consigue el pequeño sobreponerse a la impresión causada, substituyéndola un escepticismo que le hará dudar ya siempre de las palabras de quienes le engañaron, debiendo haber sido su guía y su evangelio, o bien, debilitado el cerebro por las extrañas y pavorosas visiones que en él han hecho presa, el chico llega a convertirse en un ser timorato y excesivamente sensible, de cuyo ánimo no se borrarán jamás las huellas del sufrimiento y el terror pasados.

Y es cosa de preguntarse, al ver cómo algunas personas siembran impunemente el terror y la infelicidad en el corazón de los niños, ¿Cómo no se percatarán del daño que hacen? ¿Cómo no acertarán a leer el pésimo efecto de sus palabras en los ojos cercados de sombras que tan confiadamente se vuelven a nosotros en las congojas que de noche acometen a muchos pequeños, en la angustia que revelan sus súplicas para que no se les deje solos, en el sueño sobresaltado y nervioso que padecen, tan dis-

tinto del apacible dormir de un niño que está sano?

Lejos de infundirles temor nuestra obligación es enseñar a los niños a ser valerosos en todo momento. Muchos pequeños son miedosos por idiosincrasia, por exceso de imaginación unas veces, otras por exaltaciones de su temperamento. En el ánimo de las criaturas que tal padecen, resulta difícil deslindar los campos de la ficción y la realidad. Las imágenes que pueblan su mente, y que son en su mayoría personajes de cuentos infantiles, tienen para ellos tan honda apariencia de verdad que creen en su poder con la misma fe que en el de las personas de la vida real. Cuando están solos, y sobre todo de noche, dichas imágenes adquieren mayor relieve aún y ¿qué de particular tiene que padezcan los pequeños corazones al ver cómo toman cuerpo en su memoria el recuerdo del lobo de "Caperucita Roja", la madrastra de la "Cenicienta" y el pavoroso "Barba Azul"?

¿Será entonces necesario privar a los niños de tan cálida imaginación de lecturas de esta índole? Semejante precaución sería inútil, ya que no se podría evitar el que las oyesen relatar a otros chicos; pero sí convendría acompañar todas las lecturas de una amplia y terminante explicación.

Explicar de continuo. He ahí la base de

toda educación psicológica. Salir al encuentro del inquieto cerebro. Interrogarle en todo momento, a fin de saber cuáles son las causas de su preocupación y sobre todo de ese conmovedor terror y luego, ayudarle a comprender el significado de las imágenes que le produjeron miedo.

El miedo, como la obscuridad, se disuelve con luz.

En cuanto a otra clase remedios, no resultan jamás eficaces. El temor produce un estado de ánimo de exaltación tal, que no hay castigo ni reprensión que surta efectos de provecho. Para estos casos toda indulgencia es poca; cualquier exceso de severidad por insignificante que fuese, podría acarrear un desequilibrio nervioso de graves consecuencias. Si la soledad y la obscuridad causan a un niño hondo espanto, no tenemos derecho a imponerle lo uno ni lo otro, en la seguridad de que, si se cuida de razonar con él todos esos temores y se evita el que aumente su nerviosidad, ambos fenómenos desaparecerán a su debido tiempo y el niño podrá volver con gratitud los ojos hacia quienes le ayudaron a vencer enemigos que no por ser mero efecto de su imaginación, se le antojaron menos pavorosos.

Teniendo esto en cuenta débese como dijimos, aparte el cuidar de no sembrar en la men-

te del pequeño que existe motivos de temor, recordar que existe una diferencia entre el miedo y la cobardía. Un niño miedoso no es necesariamente un niño cobarde y si es conveniente en el primero de los casos tratar de curar dicho enfermizo estado de ánimo en el segundo es indispensable fortalecer la moral.

El miedo nos lleva a la inacción a la paralización temporal; pero la cobardía nos conduce a la mentira causando estragos en nuestra formación moral.

Se me dirá que el miedo es lo que nos hace cobardes pero si a veces surte tales efectos hay casos en que un ser es cobarde no por temor sino por egoísmo, por no afrontar situaciones difíciles, por huír de responsabilidades y obligaciones.

XIII

LA MENTIRA

SUELE preocupar hondamente, a las personas encargadas de amoldar el carácter de un niño y velar por su desarrollo espiritual y moral, la tendencia a falsificar los hechos que suelen revelar casi todos los chicos.

Dicha tendencia obedece a dos causas primordiales, de las que la primera es la facilidad con que, en el fondo de su conciencia, ligan los niños algunos hechos concretos de la vida real y positiva con los que se desarrollan en un mundo fantástico, creado por ellos en virtud de la fuerza de imaginación de que se hallan dotados, fuerza que no ha logrado aun nivelar la facultad del discernimiento, y que las personas mayores contribuyen a aumentar con narraciones de seres irreales; siendo la segundo de dichas causas o motivos, el instinto

de propia defensa que nos impulsa a mentir o meramente a desfigurar la verdad, con el exclusivo objeto de evitar una reprensión o un castigo. De ahí que vaya muchas veces aliada al miedo y siempre a la cobardía.

En los países en donde se rinde profundo culto a la verdad, considerándola como suprema virtud y cualidad del hombre, las madres, en primer lugar, y más tarde los encargados de la educación del niño, procuran inculcar a éste, un horror y odio profundos hacia todo lo que es mentira, engaño o perversa desfiguración de la verdad.

Procúrase desligar en las pequeñas inteligencias lo que pertenece al mundo real de lo que es falso, y por lo tanto, inexistente, y sin ahogar la natural inclinación hacia lo inverosímil, de lo fantástico, manantial de bellísimos ensueños infantiles y a veces riquísima cantera literaria para el porvenir, acostumbran al cerebro a discernir el valor de cada cosa, demostrándole que el hacer pasar deliberadamente, y con el propósito de beneficiarse uno mismo, lo falso por verídico, es, sencillamente, hacerse culpable de un fraude, ya que todo el que miente se hace responsable del criterio y la opinión que van formándose en la mente de su auditor.

En cuanto al segundo motivo, que lleva a

veces insensiblemente a mentir a un pequeño, o sea el deseo de escudarse y defenderse de la pena a que se expuso, no necesita preocuparnos mucho, ya que esta inclinación se corrige casi automáticamente al desarrollarse el sentimiento de la responsabilidad y la facultad analítica. Pero conviene vigilar dicha tendencia si se quiere evitar el que como hemos visto esos temores se conviertan en cobardía.

Dificultan, el eficaz crecimiento de las fuerzas a que hemos aludido como eficaz antídoto a la mentira las influencias que con harta frecuencia rodean al niño, y que son en todo contrarias al cultivo de la verdad. En nuestra sociedad, por ejemplo, impera a tal extremo la costumbre de mentir, que ni siquiera se disculpan los atentados contra la verdad. Mienten a más y mejor, y abiertamente, descaradamente, las personas de elevada posición y los de ínfima categoría, los que alardean de una conciencia recta y los moralmente despreocupados. De ahí la enorme, la aplastante desconfianza que por doquier reina; de ahí el que no baste la palabra, otorgada sencillamente, si no va garantizada con apelaciones al honor, siendo preciso incluso evitar que tras ellas se oculte la prevaricación y el engaño, cuidando y especificando la ortografía: "palabra de honor con H" dicen los niños al jugar entre sí por con-

siderarse desligados de la obligación de decir la verdad si mentalmente suprimen una de las letras del concepto "honor". Hipócrita salvedad más perniciosa que la mentira misma.

Prueba de la menguada estima en que tenemos a la verdad se advierte en el hecho de no corregirse casi nunca la mentira en los niños; más bien, por el contrario, anímase a éstos y se les acostumbra a prevaricar, dejándoles en ocasiones satisfacer su capricho a condición de que luego nieguen lo que hicieron, y esto aun cuando la ocultación exigiere una deliberada falsedad. Otro sistema, por todos conceptos nocivo, es el que siguen algunas personas al pretender conquistarse la buena voluntad de un pequeño con promesas engañosas, ofreciendo regalos que ni por asomo piensan dar a cambio de un buen comportamiento, con lo que además enseñan al niño a no proceder con corrección; sino cuando resultan de ello beneficiados, aconsejando que se inventen excusas para disculpa de una falta, rodeándoles, en una palabra, de un ambiente ayuno de verdad, en el que pierde su temple natural el alma y se la inculca el germen de una abyecta cobardía.

¿Qué de particular tiene que el chico que así se educó se deje llevar, luego de ser mayor, de unas inclinaciones que no fueron debidamente corregidas, y que se aprovecha, aun a

costa de su dignidad, de las ventajas que pueda proporcionarle una mentira habilidosa?

Esta tendencia a la falsificación de hechos, tiene además el inconveniente de hacerse extensiva a todos los órdenes y a todos los aspectos de la vida, conduciéndonos al propio engaño, dificultando el conocimiento de nosotros mismos, base de la vida interior y bastardeando la capacidad crítica, fundamento de nuestras relaciones con la colectividad.

Cuanto se diga a propósito de la gravedad de esta tendencia es poco, si se considera que la mentira prende en el ánimo del niño con aterradora facilidad. Por ello es tan necesario combatirla desde los comienzos mismos de la educación espiritual del pequeño, obligando a éste a detenerse un momento antes de hablar para razonar lo que pretende exponer. Con este sistema se evita que el niño, primero por su afán de hablar precipitadamente, y luego por costumbre, adquiera el vicio de faltar a la verdad.

Una leve insinuación, un breve alerta a la razón, suelen ser suficientes.

El pequeño adquiere la costumbre de meditar y medir sus frases, y sin esfuerzo deslinda lo real de lo puramente imaginario.

Anejo a este cultivo de la verdad, hay varias obligaciones de mutuo respeto, que no solemos observar con el debido rigor, ni por lo

tanto, se le inculcan, oportunamente, a los chicos. Así entre otras, el abrir y leer cartas que no nos han sido destinadas. No puede tenerse en esta materia excesivo escrúpulo, y el único modo de enseñar a un niño que él no tiene derecho a leer nuestras cartas, es observando el mismo estricto y profundo respeto para las suyas. Es un error, que muchas veces conduce a la ocultación, el no observar, para la propiedad de un niño, la consideración que a la de los mayores otorgamos. Todas las cosas tienen un valor relativo, completamente independiente de su mérito intrínseco, y si tuviéramos más en cuenta este principio, nos resultaría menos árdua la tarea de inculcar en los niños los conceptos éticos que han de ser norma de su vida espiritual en el porvenir.

SEGUNDA PARTE

LAS FUENTES DE LA EMOCIÓN

XIV

EL SENTIMIENTO PATRIÓTICO

TRES SON los sentimientos que, universalmente, procuran la mayoría de los hombres hacer florecer en el corazón de los niños: la fe en lo sobrenatural o religioso, el amor filial y el amor patrio.

Ninguno de los tres surge espontáneamente, por inconsciente y ciego impulso, sino que madura en el cerebro y domina al corazón cuando las circunstancias de la vida favorecen su desarrollo. El último de ellos, o sea el amor al lugar que nos vio nacer, es quizás, de todos tres, el que con mayor facilidad prende en nuestro ánimo, y no por el valor abstracto que al amor patrio, como tal suele dársele y que tiende a convertirse, más que en libre inclinación, en facultad asimiladora puesta al servicio de un ideal político, sino por la simpatía e inte-

rés que naturalmente inspira lo conocido y familiar y la timidez que infunde aquello que se desconoce.

Los recuerdos de los lugares en que por vez primera vimos la luz, en los que se deslizaron los años de nuestra infancia logran un arraigo extraordinario en el corazón de todos los seres que han tenido la suerte de nacer en medios quizás humildes pero alegres y acogedores. No es fácil estirpar de la memoria la visión de una alameda de corpulentos árboles a la sombra de los, que siendo niños, nos hemos acogido, huyendo de las caricias demasiado ardientes del sol, aquellas plazas en las que se reunían las personas mayores para comentar los sucesos del día, aquellas avenidas que recorrimos por primera vez en bicicleta, aquel parque de lindos paseos que fue escena de nuestros juegos, aquellas calles en las que se hallaban las tiendas que más atraían nuestra curiosidad; porque tras sus ventanales hallábanse expuestas las últimas novedades en juguetes o las más apetitosas golosinas del arte confitero.

Con qué diáfana claridad se ven, al recordar el pasado, la calle en la que un repentino chubasco nos dejó el traje nuevo encogido y maltrecho, la iglesia en donde nos llevaban, los domingos y en la que pronunciamos nuestros prmeros votos, el teatro, el cine y el circo, a

través de cuyos espectáculos quedaron grabados para siempre en nuestras mentes infantiles, escenas grandiosas de obras inmortales, los chistes ligeros de comedias ingenuas, las costumbres y paisajes brindados por las pantallas o los atrevidos saltos y contorsiones de los saltimbanquis.

En todos y en cada uno de estos recuerdos queda depositado el germen de lo que más tarde y a través de nuevas y más impresionantes sensaciones, se irá convirtiendo en el sentimiento patriótico que nos liga de manera indisoluble a la cuna de nuestra raza y escenario de toda nuestra vida. A tal punto que si nos alejamos de la tierra natal, inconscientemente buscamos huellas de ella en las que después visitamos. Los paisajes, la vegetación, hasta los alimentos suelen a veces evocar lo que es nuestro.

Pero el sentimiento patriótico no debe ser exclusivista impidiendo que en el niño crezca también el aprecio por las cualidades que adornan á otros países.

Bien está que a todos se nos antoje como más bella que otra alguna la tierra que nos proporcionó las primeras sensaciones de belleza, bien el que nuestros hermanos de nacionalidad gocen, por su misma semejanza y aproximación de gustos a nosotros de especial y predilecto cariño; pero no a costa de una rotunda nega-

tiva a reconocer lo que hay también de bueno en otros seres que nacieron en tierras distintas a la nuestra y que pertenecen a esa más numerosa familia humana que es la universal.

El amor a la propia patria no puede ni debe de engendrar desestimación de patrias ajenas, debe por el contrario desarrollar en nosotros una comprensión más perfecta de la idiosincrasia de éstas, un más fino aprecio de sus caracteres especiales; por otra parte es justo, a grado extremo, el que nos enorgullezcamos de lo que tan íntimamente se halla ligado a nosotros y es base de nuestro modo de pensar y de ser; pero ese sentimiento de admiración debe de ser generoso y admitir lo bueno que también pueden ofrecernos otros países.

Sobre todo hay que procurar que el sentimiento patriótico no se apoye tan sólo en las cualidades externas de la patria entre ellas las de su poder como nación; sino que sea motivo esencial de nuestra admiración la extensión y eficacia de su cultura; no su riqueza material y ostentación de la misma, sino la sabia administración de los bienes que posee, no en unas normas rigurosamente impuestas, sino en la aceptación voluntaria de esfuerzos mancomunados; no en la glorificación del pasado únicamente sino en el aprovechamiento ecuá-

nime del presente y debida preparación del futuro.

En todos los países existen medios abundantes para que los pequeños sientan estimulado su orgullo en su tierra de origen y que ha sido escena de hazañas gloriosas llevadas a cabo para lograr los más preciados dones; entre otros el de la libertad. En todos los países también vivieron hombres y mujeres próceres no sólo en el campo de la virtud y honroso proceder sino en el de las letras, las bellas artes y las ciencias.

Existen en estos tiempos y en distintos países bastantes obras en las que para distracción e información de los niños se hacen interesantes y sencillos informes de los hechos realizados por las más destacadas figuras humanas y de la manera de ser de estas mismas; pero tales lecciones siendo instructivas y convenientes siempre, no logran despertar tanto interés como las narraciones que a los chiquitines pueden hacer sus padres y maestros en los paseos y excursiones realizadas en la tierra patria y en las que una playa, un monte, una ciudad, una estatua, un monumento pueden ser los elementos de más significado y valor de que podamos servirnos para crear la historia, el relato de lo que es y fué la tierra en donde nacimos.

No hay medio más eficaz ni más convin-

cente que este sencillo aprovechamiento de lo que tenemos a la vista para despertar en los niños el interés que más tarde se convertirá en verdadero, profundo e inalterable amor por la patria.

Es posible que tales relatos no hallen en el corazón inocente del niño acogida tan rápida como la que obtienen, otros medios envueltos en mágica palabrería. En su mente plástica e impresionable la patria de banderas y charangas y aclamaciones que son amor y desafío a un tiempo despierta un entusiasmo que no se logra de inmediato con medios más serenos.

Pero desconfiemos de esas primeras e impulsivas manifestaciones. Es tan fácil en los primeros años confundir la realidad con el símbolo y raro es el hombre que no percatado, en un principio, de la verdadera esencia de aquello que le hace sentir, no logre, a la postre, hallarla y asimilarla plenamente, sobre todo tratándose de materias como ésta que se asienta sobre el razonamiento tanto o más que sobre una base de emotividad.

XV

DEL SENTIMIENTO RELIGIOSO

SON MUCHAS las madres que, al advertir en sus hijos determinada predilección por los cánticos religiosos, las procesiones, las funciones de iglesia y cuanto es manifestación externa del culto, creen que ello obedece a una fuerza oculta del espíritu, originada por alguna vocación de carácter sobrenatural, que más tarde influirá en el destino del pequeño, pero el niño no posee ese instintivo sentimiento religioso. Su afición a las prácticas del culto es, en primer lugar, una manifestación de su sentimiento estético, acicateado por la pompa, el color, la visualidad del rito y, más tarde, una exaltación mística provocada por la lectura de ejemplos de los santos, que hallaron eco en su corazón generoso. Prueba de ello es que le atrae más la contemplación de los cruentos y trágicos epi-

sodios del martirologio y la desgarradora escena del Calvario que el más apacible pero infinitamente más espiritual aspecto de la vida de Cristo, niño, primero, y más tarde predicador.

Si la fe religiosa fuese innata manifestación del sentir, no sería preciso inculcarla. Brotaría, como tantas otras fuerzas misteriosas, espontáneamente dentro del alma, para encauzarse luego por los derroteros que las circunstancias de la vida marcaran.

Si no lleváramos al entendimiento y al corazón del pequeño la idea de Dios, éste no se revelaría en tanto, llegado a la edad de la madurez, convertido de niño en hombre, no se entablara en su corazón la lucha que, más tarde o más temprano, todos padecemos, luego de haber pretendido aquilatar hasta la saciedad la razón de nuestro vivir.

Al alma precísale sufrir, para que en ella se inicie la preocupación, la duda, y finalmente, la fe.

De la índole de su preparación espiritual dependerá, el que la lucha sea más o menos larga e intensa. Si aquella se limitó a suave y lógico presagio, sirviérale de apoyo; si por el contrario, y así ocurre en la mayoría de los casos, le fue impuesta como aplastante y férrea disciplina, aumentará su tortura el día en que,

puesta a prueba su razón, rotas las amarras, detenido su pensamiento como débil pajuela en algún cómodo remanso, haya de contestar por sí sólo a la eterna, universal pregunta que unos tras otros y llegado el caso, formulan para sus adentros todos los seres humanos.

Si la voluntad quedó aherrojada, puede ocurrir que dicha lucha no se entable de manera franca y concreta. El miedo a perder el premio merecido o a sufrir castigos eternos, la misma necesidad de observar ciega obediencia, podrán impedir que la pregunta sea formulada conscientemente; pero ello no logrará aquietar del todo sus sospechas ni conservar en perenne paz su alma, dando, por otra parte, lugar a que en el sordo y oculto esfuerzo naufrague el más noble de los estímulos humanos: el sentimiento de la colaboración personal, dejando en su lugar, y como única compensación el ansia de lograr un bien apetecido.

De ahí que sea materia de tan fundamental importancia esta de la preparación espiritual del niño. Tan delicado es el asunto, que para toda persona de conciencia sensible ha de resultar algo así como una indiscreción, como una violación del más sagrado de los derechos individuales, el moldeamiento del alma plástica del infante, la imposición de cadenas morales contra las que tal vez haya de luchar luego de-

nodadamente, y de las que no sabrá quizás desligarse sin sufrir honda y desoladora perturbación espiritual.

La educación religiosa que por regla general se le ofrece al niño entraña, más que una base de formación ética, más que una incitación al bien en sí, una restricción de todas las facultades, por medio del temor, o, a lo sumo, una persuasión, adornada de ofrecimientos para el triunfo final.

En ella se subraya la supremacía de la justicia sobre el amor, de la sumisión sobre la reflexión, de la fórmula sobre la esencia; compensando cuanto en ello pueda haber de antagónico para el carácter del niño, con la belleza de la forma externa. Claro es que los que de tal modo proceden se apartan radicalmente de las bases fundamentales de la doctrina cristiana. Inspirándose en los Evangelios, el niño se formaría de Dios un concepto mucho más amplio, más noble, paternal y generoso que el que se le inculca generalmente. ¿Por qué contrariar el lógico afán de los niños de hallar en la Bondad Suma un compendio de virtudes excelsas, y ofrecerle en su lugar la personificación de una deidad tiránica, siempre al acecho para descubrir el mal y castigar al malhechor?

La costumbre, muy arraigada entre nosotros, de decir al niño, cuando se cae o se hace

daño, que aquello es un castigo de Dios, y no un error propio, revela bien claramente el concepto que se tiene del Supremo Hacedor. Concepto que complementan muchas madres forzando a sus hijos, tiernos niños aún, al cumplimiento de obligaciones harto penosas para sus cortos años, y las que, en forma de rosarios, novenas, sermones, oraciones anexas a distintas Cofradías, acaban por hastiar a las criaturitas y alejarlas de cuanto pueda relacionarse con tan exigente deidad.

Es natural y lógico que la madre creyente ansíe depositar en el corazón de su hijo la semilla de una fe a la que concede sobrenatural virtud, hasta el punto de considerarla indispensable al pleno desarrollo de la espiritualidad, pero ello no le da derecho a apoderarse de la voluntad del pequeño, ni aceptar en su nombre obligaciones para el porvenir. Bien está que por todos los medios lícitos procure sostener su alma con la gracia divina, pero no a costa de la personalidad del niño ni de su futura tranquilidad. Bastaríale tener presente que el mismo Cristo mandó que al niño se le enseñara con el ejemplo, nunca con imposiciones. ¿Y acaso el espíritu religioso no se halla compendiado, en su forma más bella, en la sencilla oración del Padre Nuestro? En esta elevada expresión del amor de Dios y del prójimo hallará el niño el más

alto concepto del Ser Supremo y la básica afirmación de sus obligaciones fraternales para con todos los hombres. Con sólo esta plegaria puede lograr toda madre que en el corazón de su hijo germine y fructifique el movimiento propulsor de la vida, el impulso creador de su existencia: el amor, sin el cual no hallará jamás la felicidad. Por ello es esta oración, compendio de fraternal unión en la que con una sola palabra se determina el que todos los hombres son iguales, la más bella y eficaz plegaria de cuantas al niño pueden enseñarse.

No hay sector alguno de enseñanza cristiana que no la haya hecho base de su doctrina; y conviene el que percatado el niño de su significado aprenda a recitarla con profunda reverencia y no en la forma rápida y descuidada con que se hace muchas veces.

XVI

EL INSTINTO DE LIBERTAD

DESDE los primeros años de su vida da pruebas el niño de un instintivo afán de independencia y ansia de libertad que más tarde durante su existencia toda, habrá de distinguirle de los demás seres de la creación, y le permitirá, una vez hombre, adueñarse del universo.

Apenas anda, quiere que se le deje solo; muestra impaciencia ante la vigilancia continua, y los cuidados, en ocasión exagerados, con que se pretende rodearle, y con los que se agostan muchas veces esos impulsos naturales de confianza en sí mismo, que son quizás los más preciados dones de que se halla dotada su vida espiritual. Nada, pues, que merezca tan esmerado y delicado encauzamiento como las fuerzas que tienden a hacer del hombre un ser superior y responsable.

Lejos de exterminar las inclinaciones del niño en este sentido, precisa fomentarlas; pero en forma que, lejos de crear en él un espíritu débil y timorato sea la mayor garantía de un

consciente proceder en el futuro.

Desde su más tierna infancia el niño, como ya hemos dicho, quiere hacer las cosas por sí solo, le molesta, cuando chiquitito, ver obstruidos sus pasos, ya colegial, que le acompañen hasta la puerta del centro docente, gusta de vestirse solo, y cuando tropieza con alguna dificultad, resolverla sin ayuda de nadie. Le irritan la sujeción y la disciplina, que cohiben su espíritu, y señalan con una exactitud ineludible las ocupaciones que han de llenar los días y hasta los momentos; pero ello no indica, como muchos creen, un espíritu de rebeldía, un carácter indisciplinado, sino el deseo perfectamente natural y lógico de afirmar su independencia y un afán muy noble de bastarse a sí mismo.

La vida luego se encargará de ir demostrando a estos pequeños novatos, en la misión de existir, que antes de lograr pleno dominio sobre aquello que los rodea, es preciso que desarrollen simultáneamente las fuerzas físicas y morales que han menester para tal fin. La experiencia, mejor que toda explicación teórica, se encargará de enseñarles cuáles son los límites del poder humano y naturalmente del suyo.

No quiere esto decir que convenga dejar que el niño goce de una libertad absoluta y que la vida dirija su voluntad o su impulso. De ser

otra la existencia actual de los hombres, tal proceder fuera, sin duda, el más acertado; pero, dada la forma en que está constituida la sociedad, el sufrimiento que dicho sistema acarrearía no se vería jamás compensado por éxito que en el sentido de una justicia más estricta se pudiera lograr.

Los que del bien espiritual del niño se preocupan debieran tener presente, al inculcar en las pequeñas almas el respeto a la disciplina, que cuando ésta se le impone a un ser humano por medio de la fuerza ocurren una de dos cosas: o bien despierta en el pequeño un odio profundo e imborrable a la ley y a las ordenanzas o destruye de un modo cruel e innecesario la base de un verdadero desenvolvimiento.

La disciplina y la sujeción no deben imponerse al niño sin el refuerzo del convencimiento y eso luego de hacerle ver que es preciso que su libertad de acción no se convierta en obstáculo para su propio desarrollo y para los intereses de sus semejantes.

Sólo así conseguiremos evitar que las fuerzas incipientes del espíritu, no sometidas aún a la razón, se desborden locamente o queden detenidas por el temor o la hipocresía. El sentimiento de la responsabilidad personal debe de servir de contrapeso al ansia de libertad y de independencia del niño, y en tanto no se logre

un perfecto equilibrio entre ambos, éste no sabrá caminar sin peligro hacia su perfecto crecimiento espiritual.

Pero esto no se consigue como antes decíamos, con medidas extremas, tales como: podando de continuo los movimientos impulsivos de la criaturita negándole el derecho a tomar una iniciativa; obligándole a una distribución de tiempo demasiado estricta, impidiéndole sustentar una opinión: haciendo mofa del resultado, casi siempre defectuoso, cuando no estéril, de sus primeros esfuerzos; sino mostrándole con paciencia y ternura infinitas, que el hombre es miembro de una comunidad, y que, por serlo, no tiene derecho a imponer su voluntad sino cuando ésta no estorba ni dificulta la acción colectiva; enseñándole, con el ejemplo, que el tiempo bien distribuido se aprovecha mejor: animándole a expresar sus sentimientos y a contrastar su opinión con el criterio ajeno: aconsejándole que se debe proseguir en la consecución de un ideal, por grandes que sean los obstáculos que a ello se opongan.

Conviene muchas veces reforzar los argumentos que se emplean para convencer al niño, con el fruto de la propia experiencia, dejarle que de vez en cuando mida por sí mismo la extensión de sus fuerzas, para que él sea el primero que solicite consejo y ayuda,

y... ¡Feliz del hombre y de la mujer en cuyo corazón logran fructificar con el ansia de libertad el justo concepto de la responsabilidad personal!... ¡Feliz del que emprende la lucha sin haber tenido jamás "esclavizadas" su razón y su voluntad!...

Pero junto con la adquisición de tan preciado bien hay que desarrollar en el niño además de un profundo respeto por la libertad ajena la defensa del propio bien físico y moral.

Teniendo ésto presente ningún niño normal incurrirá en sus deseos de libertad en mal alguno, a tal punto que está comprobado que es posible autorizar a un pequeño a que haga lo que le venga en gana siempre y cuando sus actos no sean un perjuicio para él mismo o para otras personas. El pequeño al recibir dicha autorización se dispondrá gozoso a disponer de su albedrío; pero no tardará en darse cuenta de que dentro del marco en que se desenvuelve son contadas las cosas que puede hacer sin perjudicarse él en su salud física y moral o perjudicar a otros. Llegado a ese convencimiento no hallándose irritado por restricciones baldías, el niño limitará las posibilidades de un ejercicio libre de su voluntad a los actos que, no el capricho ajeno; pero sí la propia razón y su espíritu de justicia puedan autorizarle.

XVII

EL INSTINTO DEL PUDOR

Es CREENCIA casi universal que el sentimiento del pudor no es instintivo, sino que se desarrolla en el individuo, a medida que la naturaleza de éste va asimilando las tendencias que le inculcan la educación y la costumbre, y asimismo que dicho impulso es una manifestación o característica esencialmente femenina. Nadie, sin embargo, que se haya dedicado a estudiar, con detenimiento, el modo de ser de los niños puede mostrar conformidad con una y otra teoría.

En realidad, son muchas las criaturitas que desde su más tierna edad, cuando todo impulso es fruto de un sentimiento instintivo y la reflexión no logra aún actuar como propulsora de los sentimientos, se niegan a desnudarse, a bañarse e incluso a comer delante de personas

que no les son familiares. Ello obedece, indudablemente, a un sentimiento de vergüenza cuyo origen no depende de circunstancias especiales de educación, sino de manifestaciones de orden psicológico, ya que se dan casos de hermanos educados en la misma forma de los cuales unos sienten esa instintiva repulsión y otros no aparentan experimentar sensación alguna de esta índole.

Según opinión de varias de las personas que se han dedicado al estudio de estas materias, tales manifestaciones del pudor, pudieran casi considerarse como una procacidad. Así lo creen el profesor Baldwin, Julius Moses y otros. Sin embargo, la frecuencia con que hallamos pruebas de su existencia demuestra que, en todo caso, se trata de una procacidad harto corriente en los pequeños, siendo muchos los ejemplos de tal tipo que han caído dentro del radio de nuestra propia experiencia. Claro es que la costumbre que entre nosotros existe de obligar al niño a cubrir sus formas y reñirle si deja de hacerlo, es posible que contribuya en grado sumo a aumentar la fuerza de un sentimiento que, la mayoría considera como un complemento del impulso sexual. Sobre todo en lo que se refiere al sexo femenino. Pero el hecho de manifestarse dicho impulso en niños que han sido educados lejos de toda influencia gazmoña y

que jamás han recibido la impresión de que la desnudez pueda ser vergonzosa o pecaminosa, demuestra que se trata de un movimiento instintivo que en modo alguno puede considerarse como un fenómeno exclusivamente de ambiente.

Nosotros hemos visto a niños, acostumbrados a que sus hermanos jugasen descalzos en las playas, negarse con amargo llanto a despojarse de sus zapatos y medias. Del mismo modo hemos visto a pequeños que comían en compañía de otros huir despavoridos al ver entrar en la habitación a una persona extraña cuya presencia no ha afectado ni poco ni mucho a los demás comensales de su misma edad.

En cuanto a ser característica determinante de un solo sexo, la experiencia nos muestra que no es fundada tal suposición, pues hemos visto a chiquitos de ambos sexos dominados por el sentimiento del pudor y manifestarse éste siempre en la misma forma.

En realidad, no encontramos en ninguna de las obras que, a tal efecto, hemos consultado, una definición concreta y categórica del pudor ni de su origen primario; pero el hecho indiscutible de existir dicho impulso en algunos niños, independientemente de todo factor de edad y costumbre, es prueba de que nos hallamos frente a una fase más de la psicología infantil,

cuya misteriosa naturaleza requiere sea tratada con la mayor delicadeza y discreción.

Si las personas mayores lograran, al hablar con los pequeños descender al nivel de comprensión de éstos, en lugar de pretender elevarlos al suyo, sería cosa fácil llevar a cabo un afortunado análisis de tan interesante manifestación psicológica.

De no saber realizar dicho estudio sin sembrar confusión y mayor temor en el ánimo del niño, es preferible no indagar las causas que producen tal estado de ánimo, y, sobre todo, no violentar los deseos del pequeño en esta materia, achacando a un absurdo capricho sus ansias de ocultamiento.

El educador está obligado a tener siempre en cuenta la individualidad psicológica del niño. Si en efecto, viéramos en cada una de las rebeldías de éste una "afirmación" y no una "negativa" fácilmente llegaríamos a formar un juicio exacto de la idiosincrasia especial de cada chico, único medio de educar y encauzar sus embrionarias fuerzas espirituales.

En este caso concreto, lo que, en vista de la experiencia adquirida, más conviene es, en primer lugar no sorprenderse jamás ante una manifestación del pudor, ni mucho menos reñir al pequeño por dejarse llevar de un impulso que tal vez obedezca a una necesidad de su condi-

ción psicológica, destinada a reforzar su carácter en el momento preciso y después de estudiar cómo, de qué modo y en que circunstancias se revela, procurar, hacer comprender al pequeño que sus sentimientos deben de regirse por lo que dispone el sentido común; pero sin forzarle, y huyendo siempre de cuanto tienda a inculcar en el ánimo la sospecha de que esa u otra manifestación cualquiera de su espíritu es algo extraño, algo que él únicamente siente: escollo terrible contra el que naufragan muchas almas tiernas, a las que el temor de su propia supuesta rareza, paraliza en los años de mayor crecimiento y afianzamiento de la vida espiritual.

Bien estudiados estos estados psicológicos del niño se llega a la conclusión de que el pudor o más bien la vergüenza obedecen en él a sentimientos íntimamente ligados al temor: al miedo. En efecto, el niño teme muchas veces que su apariencia personal desagrade a otros. Provoque en ellos una desaprobación a la que no se atreven a hacer frente.

Tan unidas van ligadas las manifestaciones psicológicas en todos los seres humanos que resulta en extremo difícil desligar unos de otros y sobre todo en los seres que apenas inician su conocimiento de la vida, y de las propias reacciones.

A fin de que en este terreno pueda facilitar-

se la comprensión de los temperamentos infantiles no está demás recordar que el niño es sumamente sensible al ridículo y que conviene reprimir cuanto en las palabras o en los gestos pueda ser interpretado como una burla.

XVIII

LA INDIVIDUALIDAD

El niño es un individualista feroz. El YO es su ley, la suprema razón de su vida. Tal concepto, se modifica, sin embargo, apenas emerge el alma de su primer estado embrionario y entra en contacto con otros seres. En tanto no llega dicha hora, no conviene destrozar, sin miramientos, una fuerza indispensable al desarrollo primario.

Por no considerar la cuestión desde el mismo punto de vista, es, sin duda, por lo que muchas personas, encargadas de la educación moral de los chicos, procuran ahogar las manifestaciones espirituales que diferencian a un niño de otro, y, por consiguiente, de sus semejantes.

¿Quién no ha oído mil veces decir a una criaturita que ciertas cosas no deben ni pueden ha-

cerse porque no las hacen los demás niños? Que es lo mismo que si se les dijese: "no puede procederse así, no porque esté mal, sino porque con ello se llama la atención, se emprende un camino distinto al que todos recorrieron".

La virtud inculcada en dicha forma no es posible que tenga gran arraigo. Porque aparte el que los actos del niño obedecen a impulsos individuales que deberían adelantarnos una idea de su futuro carácter, no conviniendo, por lo tanto, corregirlos, prematuramente, es de un efecto moral deplorable el dar como motivo para una enmienda de conducta el ejemplo de quienes no siempre se comportan en debida forma. Porque esos niños "angelicales" que no se manchan, ni rompen los juguetes, no desobedecen, ni mienten, no existen más que en la cálida imaginación de los directores de almas infantiles.

Pero aun suponiendo que así no fuese, la reforma que no se basa en la razón y el convencimiento y sí únicamente en un falaz y absurdo afán de imitación, no puede producir fruto de provecho.

Y no es que no convenga presentar al niño ejemplos de seres cuya vida abnegada y laboriosa pueda servirle de estímulo y despertar su admiración; pero el constante recuerdo y con-

tinuo acicate suele, cuando es exagerado, provocar en las pequeñas almas un sentimiento de antipatía y hasta de resentimiento que, analizado, resulta en verdad ser como una aserción de su personalidad.

Padres hay con tan excelsa opinión de su propio valer, que no cesan de repetir a sus hijos cada vez que desean corregir lo que consideran una falta "Vuestro padre no hizo esto o lo de más allá", y no lo dicen con el natural deseo de ayudar a los chicos, sino con el afán de imponer en todo su modo de ser, y ello en tono tan molesto y didáctico, que el chico normal a más de no creer en tal perfección, forma el propósito de no parecerse jamás al que de ese modo le dirige.

El deseo de eliminar la personalidad en los niños llega a tal extremo, que en algunos casos se les obliga a creer que es una cosa reprobable el no parecerse unos a otros, incluso en lo que al indumento se refiere, y ello es muchas veces motivo de esa timidez y miedo al ridículo, tan característico de las razas meridionales y que tanto dificultan el libre desarrollo de la voluntad.

La espontaneidad del juicio y del gusto son casi siempre indicación de una intensa vida espiritual, y el pretender ahogar o dominar tan preciado impulso es atentar contra uno de nues-

tros mas elementales derechos, cual es el de reflejar nuestro propio e interior sentir: no reproducir el de otros.

El mundo, como comunidad, harto exige ya al hombre en el sentido de sacrificar su personalidad, y justo es que accedamos a ello cuando resulte en beneficio de la mayoría: pero ese mismo mundo es el primero en apreciar las cualidades individualistas que diferencian fundamentalmente, y en interés de todos, a unos hombres de otros y en respetar el ser humano, que, prescindiendo de las trabas convencionales, sigue franca y honradamente los impulsos que son prueba incontestable de su superioridad.

Harto tendrá que hacer el niño cuyo carácter haya de formarse en un ambiente enrarecido por un cúmulo de imposiciones colectivas, si quiere conservar su espíritu libre de los efectos, asaz generalizadores, de su educación sin que las influencias del hogar tiendan a dificultar más su tarea.

Una de las principales obligaciones de los directores de la voluntad del niño consiste en ayudar a éste a "hallarse a sí mismo": por desgracia, casi siempre lo que se procura es empujarle tras las sombras que proyecta la acción de los demás.

En la época actual se tiende por desgracia a nivelar por tal modo a los hombres todos que

resulta punto menos que milagroso el que haya aún quienes oponiéndose a esa nivelación general conservan rasgos individuales, diferencias que ponen de relieve su modo de ser personal. No es fácil lograr esto cuando merced a la facilidad, cada día en aumento de las comunicaciones, los países se acercan cada vez más, los habitantes de las distintas zonas del globo terrestre se acostumbran más a transplantarse de un punto a otro y las diferencias de lenguaje y costumbres van desapareciendo rápidamente.

El gusto estético de las gentes de las distintas naciones inspirado en condiciones de vida muy distintas va desapareciendo. Sólo en lugares situados lejos de los puntos de aterrizaje aéreo, y de las rutas automovilísticas conservan todavía determinados pueblos su modo de vestir. En las capitales del mundo entero la gente viste toda igual, con trajes confeccionados en fábricas que lanzan al mercado miles y miles de modelos repetidos. Con la comida ocurre lo propio. No hay país por ejemplo en el que los restaurantes no se enorgullezcan de cocinar a gusto del turista y no de los naturales del país consiguiéndose así el que vayan dejando de confeccionarse los platos típicos de cada lugar los que durante cientos de años han hecho las delicias de los habitantes de este y contienen ade-

más los elementos de nutrición que allí convienen.

En las costumbres estos cambios son aún más radicales. Ya en los grandes acontecimientos de la vida, nacimientos, bodas o muertes, casi todo el mundo actúa de igual manera rebajándose con ello el grado de solemnidad con que tales hechos se celebraban o lamentaban antes. La prisa con que ahora se vive ha contribuido también a nivelar estas manifestaciones de alegría o pesar; pero no hay que desesperar por completo: cada ser humano es único en su modo de sentir, lleva en sí el germen de una individualidad aparte de todas las demás y del entrenamiento que recibe en los primeros años de su vida del respeto que su ser íntimo merezca por parte de sus orientadores dependerá el que su esencia no se malogre ni se pierda.

XIX

EL SENTIDO DE LA LÓGICA

Todo niño de cerebro normalmente constituido es lógico; quiérese decir que tiene la capacidad natural y precisa para discurrir.

La fuerza avasalladora de sus instintos le impulsa a obrar impensadamente en ocasiones; pero la más leve oposición a sus deseos, el menor peligro para sus intereses, nos descubre la existencia de un claro sentido de la realidad, cuyo análisis nos revela a su vez, en muchas ocasiones, la falta de consistencia que distingue a las reglas de orden y disciplina que imponemos nosotros a los pequeños.

La ciega y general insistencia que suele ponerse al insistir en el cumplimiento de tales medidas disciplinarias y restrictivas es causa a veces de que el sentido lógico del chiquito se desoriente, primero, y quede, al fin completamen-

te anulado, si el niño, no posee dotes de carácter que le permitan sostenerse de acuerdo con su criterio.

Muchos educadores suelen partir el equivocado principio, según el cual un niño nunca tiene razón, siendo así que la tiene casi siempre. Claro está que dicha razón es pura, libre de prejuicios y de una tendencia fuertemente individualista, en pugna, desde luego, con las corrientes que impulsan al hombre a someterse a los dictados de la artificiosa sociedad en que vivimos.

Tal modalidad expone con frecuencia al niño a reprimendas y castigos que no pueden por menos de antojársele profundamente injustos, y que de no evitarse, de no ir apoyados por otros razonamientos igualmente lógicos, aunque menos acomodaticios, pueden originar en el chico la idea de que su pequeñez le hace víctima de una falta de equidad. Semejante convicción no sólo engendrará en su corazón odios y rencores, sino que le predispondrá en contra de todo lo que provenga de la voluntad y la razón ajenas. El sentido de lógica del niño se manifiesta a cada momento.

Veamos algunos ejemplos sencillos. Un pequeño queda advertido de que se le autoriza a coger sus juguetes, a condición de volverlos a colocar en su sitio. "Toda persona —se le di-

ce— que utiliza alguna cosa, tiene la obligación de guardarla luego". Como la observación es justa, el niño suele admitirla sin reparos; pero cierto día su madre agarra un libro, y después de leerlo ordena a su hijo que lo devuelva al estante. Si el pequeño se halla jugando, y no le conviene obedecer contestará con la mayor naturalidad: "Debes de guardarlo tú que eres quien le ha agarrado." En el noventa y nueve por ciento de los casos, semejante contestación le acarreará una reprimenda, o, cuando menos, un reproche. Y, sin embargo, nada más lógico que la observación del niño: nada más cruel que el reconvenirle por su natural independencia de criterio.

Otros días un chiquitín se empeña en satisfacer un capricho cualquiera. Su madre, deseosa de imponer su voluntad, o quizás por razones fundadas, se niega. El chico llora y vocifera. "No te quiero —le dice la madre—, porque te niegas a lo que yo te pido." "Tampoco yo a ti —dirá o pensará el niño— porque no me das gusto". Y somos tan ilógicos, tan inconsecuentes, que tal respuesta nos causa indignación. Pero ¿acaso fue el niño el que dio medida tan absurda al cariño?

Y así de continuo, a cada nueva evolución de su espíritu, ve el chico contrariado su crite-

rio, obligándosele a amoldar su vida, no a lo que la razón le demuestra ser justo, sino a principios para él falaces, opuestos por todos conceptos, al entender de su razón primitiva y sencilla. Y lo peor del caso es que esa obligada desviación del criterio de los chicos, esta forzosa inacción de sus facultades razonadoras, es más general de lo que se supone. No nos damos cuenta de ello a causa de la excesiva ductilidad del niño, que permite un rápido aniquilamiento de la voluntad sin aparentes e inmediatas consecuencias. Más tarde, cuando se advierte la falta, cuando se observa que el pequeño cerebro, ya desarrollado, carece de ciertas virtudes determinantes, es cuando sobrevienen las dudas acerca de si convinieron los medios educativos que con él se emplearon, y se procura remediar sus efectos, lográndolo muy rara vez. En los casos más favorables, hay que someter al sujeto a un nuevo entrenamiento; pero en muchos de ellos nada puede hacerse. El niño llega a la adolescencia cercenada su facultad de discernimiento, convertido bien en un rebelde, en un despilfarrador de energías: bien en un esclavo, ciego intérprete de la voluntad ajena y humilde asimilador de criterios que le son extraños, incapaz de lograr su máximo desenvolvimiento ni mucho menos de encauzar a quienes más tarde estén destinados a seguirle

como eslabones inconscientes de la inacabable cadena humana.

¡Si al menos concediéramos mayor libertad a las iniciativas primarias del niño!... Pero casi siempre nos empeñamos en enmendar en adaptar a nuestro gusto, quizás menguado y plebeyo, una nueva y vibrante personalidad, en someterla a nuestra influencia, sin escrúpulos, sin consideraciones, con una falta de tacto y de delicadeza sencillamente inconcebibles. Todo a causa de la arriagada convicción que tenemos de la ineptitud del niño, y nuestra falta de respeto por cuanto en él hay que no comprendemos.

Tales procedimientos ordenancistas son contrarios a la ley del espíritu, que autoriza y requiere el desarrollo del libre albedrío, y la Humanidad entera sufre las concecuencias de nuestros pasados errores en este terreno. Errores que no bastará a corregir el esfuerzo de unos cuantos educadores de amplia visión, si el resto del mundo se abstiene de una obra de tan universal importancia. Todos, a una hemos de laborar por el bien futuro, apoyándonos para ello en la manifiesta cordura y sensatez de un principio, según el cual, aplastando y malogrando el sentido de la lógica en el niño sólo se consigue destrozar sus facultades razonadoras, alterar su concepto de la justicia y convertir en

raquítico despojo lo que pudo ser espléndida capacidad.

Hay que conceder al niño por lo menos el derecho de exponer las razones que le llevan a actuar como lo hace. Si así lo hiciéramos, descubriríamos en él fuerzas insospechadas, de las que podrían lograrse grandes ventajas. Todo niño, como todo ser humano tiene derecho a explicar los motivos que le impulsan a obrar, los que son dínamo de su voluntad. Nada se pierde por escucharlos. Bien al contrario: nuestro deber es oírlos, y de no estar conformes, poner a su alcance las razones que a nosotros nos mueven, para oponernos a sus deseos.

Hay que acabar con el sistema de imponer nuestro criterio por la fuerza. Ese cruel y negativo método que se resume en la frase "esto se hace así porque lo mando yo". El "yo" omnipotente, el "yo" soberano, avasallador, que convierte a la más alta representación humana, o sea la paternidad, en un arma de tiránica fuerza y rigor, y que tantas veces, por desgracia, no tiene base ninguna ni derecho a imponer un criterio.

Pongámonos al nivel del niño. Recibamos con júbilo, con veneración, esas primeras manifestaciones de su conciencia. No apartemos de nosotros, como cosa inútil, lo que es la fuente de su futura floración, la primicia de un teso-

ro oculto. Todo cuidado, toda delicadeza es poca para el afianzamiento de esas fuerzas nacientes: concedámoslas toda la importancia que en realidad encierran, si no queremos que en el día de mañana renieguen, los hombres que nosotros hicimos, de los sistemas que para su desarrollo espiritual empleamos y maldigan la forma en que llevamos a cabo nuestra misión para con ellos.

Nuestra misión consiste en ganarnos la voluntad de los pequeños, no con regalos y concesiones a sus caprichos sino con razonamientos adecuados. Todo chico normal dotado del natural espíritu de justicia admite lo que se le dice sin rebelarse; lo que le irrita y provoca en él un afán de contradicción es la falta de lógica nuestra.

Aquellos que se dedican a la elevada misión de educar a una criatura tienen que armarse de una paciencia inagotable que les permita escuchar a los niños sin despertar en ellos resentimientos. A las madres incumbe este deber antes que a los maestros; y la mujer que no se siente capaz de llevar a cabo su tarea con la paciencia y espíritu de sacrificio que ello supone no debería de admitir la sagrada carga que supone el tener un hijo y prepararlo para la vida desde los primeros momentos de su existencia.

XX

EL CONCEPTO DEL DERECHO

El concepto del derecho es no sólo el principio fundamental de la ética humana, el numen de nuestra vida interior, el motivo y causa de nuestra incontestable superioridad frente a la fuerza bruta; es, además, una verdad, imposible de bastardear en su esencia, porque, como toda noción propiamente dicha generadora, es instintiva, y, como todo lo connatural e inherente a nuestro modo de ser, recobra su prístina pureza al renacer en el alma de cada individuo.

Es decir, que natural y fatalmente toda criatura humana inspira sus primeros actos conscientes, sus primeras afirmaciones, en un elemental sentimiento de justicia. Este no es, precisamente, el que más tarde, y como tal, determina nuestras reglas de vida y fija nuestros de-

rechos en cuestiones materiales y económicas; diferénciase de aquél en ser un impulso que primero nos lleva a razonar y juzgar los actos ajenos, y más tarde, y por reflejo, los nuestros.

El razonamiento que se deriva de este instintivo sentimiento de justicia es lo que rige toda nuestra vida espiritual en las relaciones de ésta con el mundo exterior, conduciéndonos luego al propio conocimiento. Es decir, que tal sentimiento es lo que nos mueve a encauzar y orientar nuestra voluntad, bien hacia un perfecto desenvolvimiento, bien sometiéndola a las innumerables influencias que nos rodean y solicitan, y que, por buenas que sean, siempre ejercerán su influjo, con detrimento de nuestra personalidad. Porque la afinidad, esa tracción o analogía que de tan incomparable utilidad resulta en el terreno emotivo, cuando a grata coincidencia de gustos se limita, es perjudicial para el carácter si consigue influir en éste con exceso. Tales son las dos posibilidades a que el sentimiento de la justicia, conservada su fuerza, puede llevarnos; pero existe otra tercera eventualidad, que puede ser en extremo nociva, en la que dicho sentimiento no sólo sufre los efectos de presiones extrañas, sino que éstas lo modifican totalmente, bastardeando y falseando el

concepto, antes de haber tenido tiempo de fortalecerse debidamente.

Y siendo así, ¿cómo no preocuparnos hondamente de preparar al niño por modo que esta básica potencia se desenvuelva con toda eficacia en el pequeño espíritu? Y no se crea que tal preparación consiste en inculcar conceptos ya gastados, sino en dejar al cerebro joven la libertad de buscar una fórmula adecuada, y pronunciarse en la forma que le dicte su conciencia.

¡Cuánta revelación interesante lograríamos obtener si así se hiciera, y de cuán fuerte modo se afirmarían las personalidades nacientes, en esas primeras consideraciones de sagrados privilegios!... En la mayoría de los casos, sin embargo, esas manifestaciones primeras, que formula un ser investido de autoridad para juzgar, sólo produce desengaños, conceptos equivocados o débiles remedos de opiniones ya sabidas. Pero ¿cómo ha de ser de otro modo? ¿Acaso no matamos nosotros en flor el germen que intentaba fructificar en lozana y original expresión? ¿Acaso, lejos de conservar en su integridad ese principio liberador, que adivinamos en el alma del niño, no lo hollamos con el peso de nuestros procedimientos, o lo ahogamos en rencores suscitados por la falta de jus-

ticia, que tantas veces rige nuestras relaciones con el pequeño?

Y de todas las amarguras que la incomprensión de los mayores siembra a manos llenas en el tierno ánimo de un infante, ninguna deja en él tan profundas huellas, ni filtra un veneno más pernicioso y letal como el rencor. El rencor, amalgama de ira, de odio y deseo de venganza, unido a esa debilitante tendencia a la conmiseración para sí mismo, que tantos estragos hace en la voluntad del niño, tornando estériles todos sus anhelos y aspiraciones.

La causa más común de ese rencor es la motivada por el castigo o la represión inmerecida. ¿Quién de nosotros no recuerda la oleada de indignación, el odio profundo que hemos sentido contra quienes procuraban ocultar, tras un pretexto de justicia, su propio malhumor, impaciencia o desamor? El castigo era lo de menos, como lo es siempre; que no hay criatura alguna, normalmente constituida, que no acierte a distinguir con absoluta clarividencia los factores que contribuyen a la cristalización de los actos ajenos. No dará expresión a su sentir en la materia, por un instinto de pudor que le obliga a reservarse su opinión, en este como en otros muchos terrenos, y por temor a ver aumentado su castigo; pero no por ello dejará de analizar la conducta de quien así envilece el concepto de

una justicia que se le ofrece como guía regidora de todos sus actos. En cambio los niños aceptan de buen grado las reprensiones que saben merecieron. ¿Y cómo habiendo nosotros experimentado esas impresiones gratas o ingratas, no fundamos en ellas nuestra actitud y evitamos el que en otro pequeño corazón se malogre el germen de la justicia, y la fe en la integridad y la bondad ajenas?

En capítulos anteriores hemos visto cómo a cada momento, en cada manifestación de nuestra vida, las pasiones más ruines, la soberbia, la ira, la envidia, liberadas de la presión que sobre ellas podría ejercer un arraigado sentimiento de justicia acampan en las almas, se enseñorean de las voluntades y cómo la mayoría de los hombres, con mayor o menor disimulo; pero con el mismo desenfado y desprecio de derechos, procuran hurtar al prójimo la gloria, la fama, la estimación y cuanto puede ser considerado de moral provecho.

El niño, con infalible instinto, adivina esas inclinaciones, y las aplica, claro es, a nuestra conducta para con él. A tal extremo llega su sensibilidad, que, como ya hemos dicho, bastaría con que obráramos siempre de acuerdo con un elemental espíritu de justicia para que, sin necesidad de más explicaciones, viéramos cristalizar en las almas candorosas la expresión

más pura y elevada de esa potencia ideal que llevan latente dentro de sí, y que, enderezada o torcida, para bien o para mal, ha de manifestarse a su debido tiempo.

Es muy grave el que por nuestra causa pueda malograrse tan noble aspiración en los albores de la vida. Muy grave el que por nuestra ineptitud o indiferencia el destructor elemento del escepticismo hiele en el corazón de un nuevo ser las posibilidades de un perfecto desarrollo espiritual.

La violencia repentina, la irritabilidad súbita, las desigualdades temperamentales pueden acarrear situaciones de profundo malestar e incluso reacciones peligrosas, pero éstas son menos nocivas que los sentimientos de rencor frío basados en una reconocida injusticia. De ahí el que sea tan indispensable evitar que tales sentimientos puedan albergarse en la sensible emotividad de un pequeño.

XXI

EL SENTIMIENTO ESTÉTICO

La apreciación de la belleza es instintiva. Tal sentimiento se revela en los niños en una forma puramente elemental, provocando en el pequeño y embrionario espíritu apreciaciones similares a las que manifiestan los hombres de razas sin civilizar, cuya comprensión estética, no acicateada por términos de comparación se conserva en un estado de prístina sencillez.

El niño, como el ser primitivo, siente profunda atracción hacia aquello que, a su juicio, es bello, entendiendo por tal cuanto llama su atención; la luz, los colores crudos, hasta las estridencias de tono y de sonido que mortifican la sensibilidad de un gusto ya maduro y refinado; pero que no por ello dejan de encerrar elementales principios de belleza.

Ved jugar a un niño combinando colores,

y observaréis que, con certero instinto, elige las mismas tonalidades que admiramos en las manifestaciones de todo arte popular. Desdeñará los matices suaves, y, con osada, a fuer de inocente despreocupación, logrará efectos de extraordinaria calidad y pureza.

Pequeños e inconscientes continuadores de la obra humana, las primeras revelaciones de su sentir estético no son más que una breve condensación de sentimientos fundamentales, la exposición escueta de una verdad, inalterable y eterna que con el tiempo y a medida que se realice el desenvolvimiento de sus fuerzas espirituales, se hará más pronunciada o quedará dominada en él, por el empuje irresistible de otras potencias.

Este sentimiento en germen de la belleza se revela antes que nada en la apreciación de aquello que en los primeros meses de la existencia, y por medio del sentido de la vista, cautiva la atención del niño. Por ejemplo: el color. Antes que por el sonido y la forma, comprende y siente atracción por las variantes de tono que halla en cuanto le rodea. En presencia de una flor, un lazo, un trozo de papel de colores llamativos, la criaturita de pocos meses se extasía y palmotea de gozo.

Con escaso intervalo de tiempo, muestra idéntica apreciación por el sonido, generalmen-

te por aquel que es uniforme, pero armónico, como el choque de algún objeto contra un cristal o el repicar de una campana.

Más tarde es la música la que le subyuga, la que por primera vez despierta en su conciencia una honda emoción.

Para la mayoría de los niños, la música tiene un atractivo incomparable. Algunos experimentan al oírla una impresión tan intensa, que no titubean en abandonar por ella sus juegos predilectos. A veces la emoción que les embarga es de tal naturaleza, que les hace derramar lágrimas. Conozco a una niñita de seis años a la que toda música hace prorrumpir en hondo y conmovido llanto, y que, a pesar de ello, se empeña en escucharla. En cambio, pocos son los niños a los que cautiva en los primeros años de su vida la belleza de la forma.

Sin duda esto obedece a que en la comprensión humana se desarrolla muy lentamente el sentido de la proporción y el equilibrio. Véase si no cuán desigualmente colocan los niños las piezas de sus juegos de construcciones, y no por ser aún torpes e indecisos los movimientos de sus manos, sino porque les falta el conocimiento de la euritmia, la comprensión de la armonía plástica.

También en la Naturaleza, libro mágico del que recoge el niño sus primeras impresiones de

lo bello, suelen los pequeños admirar el color y el sonido. Despiertan en sus almas suave deleite los tonos cálidos de las flores y las hierbas, la transparente luminosidad del día, el susurro del agua, el canto de los pájaros; pero, en tanto los años no fortalecen su potencia observadora, pasan inadvertidos para ellos la imperecedera majestad y grandeza de los montes: el acicalado recorte del mar en la costa la línea grácil del junco: la silueta definida del ciprés: y la masa, hecha jirones, de las nubes.

El sentimiento estético del niño, vago e indeterminado, sufre casi siempre grave quebranto, debido a la falta de comprensión que muestran las personas que rodean al pequeño, quienes lejos de respetar los primeros impulsos instintivos de una naturaleza en transformación, y de fomentar su gusto elemental y transitorio, se contentan bien con ignorar la existencia de tal potencia, bien procurando encauzarla bruscamente, haciendo al propio tiempo mofa de los débiles esfuerzos con que se iniciara.

¿Cuántos padres, y maestros también, no se ríen de las predilecciones que muestran los niños por trajes de colorines y por telas desusadas, en lugar de respetar la candorosa expresión de su sentir y conducirles suavemente a la plena cristalización de su afan?

El daño que una burla inoportuna puede

inferir a la vida espiritual del niño es incalculable. No obstante, raras son las personas que atienden con el respeto que merecen las delicadas manifestaciones de comprensión estética de aquellos de quienes dijo Enrique Rodó que eran "Almas leves, suspendidas por una hebra de luz a un mundo de ilusión: de sueños."

Por otra parte no debe de permitirse al niño el que rechace como algo peligroso aquello que él cree o se le dice que es feo. Suavemente hay que hacerle ver que nosotros nos apartamos de manifestaciones en las que no creemos hallar belleza debido a que en muchos casos no las entendemos. Al reñir a los pequeños la gente une lo malo a lo feo induciendo con ello al niño a creer que todo lo que no está conforme con su comprensión estética es nocivo, es "malo". Ello puede llevarle a apartarse con temor de personas afligidas por defectos como la ceguera, la desviación de la columna vertebral y otras imperfecciones físicas que debían de inspirarnos compasión.

Claro está que el sentimiento incipiente y puramente instintivo de los niños puede y debe de ser cultivado por modo que con el tiempo pueda el pequeño ampliar sus conocimientos estéticos y con ellos sus posibilidades de goce en la belleza.

XXII

DE LA PROPIA CONMISERACIÓN

TODO niño se halla sujeto a una marcada tendencia a la tristeza.

Consideremos la vida de todos los grandes hombres, y veremos que no hay uno solo del que no se haya dicho que padeció en su infancia horas de profundo pesar y desconsuelo. Algunos, como Shelley Carlyle, Jean Jacques Rousseau, Pascal, Tolstoi y otros muchos, conservaron de su niñez una impresión de honda tristeza que casi todos atribuyeron al medio ambiente en que se desenvolvieron. Más justo o más conocedor del corazón humano, Rousseau achacó su pesaroso estado de ánimo durante la infancia a esa ley de la Naturaleza que impulsa a todos los hombres a sentir antes que a pensar. Y así debe ser, en efecto. El alma del niño, tierno germen que transforman con la súbita

fuerza de todo impulso natural las tendencias y emociones más diversas, no puede por menos de estremecerse y resentirse de la conmoción que dicha transformación supone. Toda metamórfosis es brutal. Todo cambio, violenta nuestro ser, causándole dolor, ya físico, ya espiritual, según sea la índole de aquello que en nosotros se halla sometido a mudanza. ¿Y si así ocurre cuando se tiene conciencia del por qué de la transformación, que no será cuando ésta se opera sin que podamos alcanzar las causas y efectos que la motivaron?

Nadie hay, por ejemplo, que logre desechar al "hombre viejo" y lanzar fuera de sí afectos, consideraciones, satisfacciones, la estimación ajena y gran número de sentimientos, que en compañía de aquél convivieron largo tiempo, sin experimentar dolor, y eso a pesar de que la razón, norma y guía de nuestra vida, contrarresta el efecto de ese pesar: mas aun: lo convierte en elemento de gran substancia, cual es la indulgencia y justa comprensión de la conducta ajena. Tiene, por ende, a su favor aquél que de buen grado sufre semejante revolución interior, el consuelo de expresar a otros su sentir y el de verse más o menos comprendido por seres que han padecido en iguales o parecidos términos.

Aparte todo esto, la necesidad de tales trans-

formaciones voluntarias no suele presentarse hasta después de llegada la edad de la madurez, y aquéllas no coinciden, por tanto, con el proceso de desarrollo y consecuente perturbación física. ¡Y aun siendo así, sufrimos! ¿Qué no será pues, el trastorno que en el ánimo de un niño provoque un movimiento que tiende a convertirle de masa inerte en elemento dinámico de incomparable vigor, y lo mismo en el terreno espiritual que en lo que al corporal corresponde?

Energías diversas, tendencias encontradas, impulsos de desconocido objeto, ilusiones de rara y desconcertante belleza, nacen espontáneamente en el alma infantil y operan sobre la sensibilidad incipiente, sobre las facultades embrionarias, sobre los primeros atisbos de una voluntad proyectada por fuerzas no reveladas aún, y esto, en pleno desenvolvimiento físico, cuando se hallan en juego todas las reservas exigidas por el mantenimiento del equilibrio entre la vida del cuerpo y la del espíritu.

Y ¿qué de particular tiene el que en esa lucha entablada entre impulsos diversos por obtener ascendencia sobre el espíritu del nuevo ser, desatadas, entre otras fuerzas emotivas, seculares tendencias a la propia conmiseración, achaque el niño su malestar íntimo a la indiferencia y desamor de los que le rodean, en-

tregándose a un rencor que en ocasiones perdura mucho más allá de la edad del crecimiento?

En niños de exaltada imaginación y excesiva sensibilidad, tal estado de ánimo tiende a exacerbarse en términos que dificultan el restablecimiento del equilibrio una vez iniciado el proceso de la transformación. Así ha resultado en casos de hombres notables en las artes y las letras, naturalezas muy propensas a la emoción a las que acompaña, toda la vida, un sentimiento de intensa tristeza achacada luego por ellos, bien a escepticismo, bien a desilusión, bien a exceso de vida espiritual. En otros, ese rencor se afianza, y con perjuicio de la voluntad tórnase en afán de atribuir a otros lo que en realidad es consecuencia de sus propios errores.

Aun tratándose de chicos muy normales, raro es el niño que, por espacio de varios años, no se entrega con cierto voluptuoso afán a dicho estado de propia conmiseración. Esta lástima que el niño se inspira a sí mismo, suele ser de carácter intermitente, sorprendiéndole aun en aquellos momentos en que más contento y distraído parece. El niño no ofrece resistencia al desbordamiento del pesar dentro de su alma, sino que, por el contrario, procura aislarse y entregarse de lleno a su tristeza, dándose el extraño caso de que, aun siendo su ale-

jamiento de toda compañía deliberado propósito de su voluntad, culpe a otros del tormento que su soledad le impone. ¡Extraña tendencia y empeño que, no por ser imaginarios, dejan de ser intensamente desoladores!

Una vez a solas con su dolor, suelen complacerse los pequeños en torturar su alma pasando revista a la serie de causas que a tal condición le han llevado. Su propia pequeñez suele ser motivo de hondo pesar.

Pocas serán las personas que no conserven recuerdo de la tristeza de su infancia. Y siendo así, ¿cómo se explica que sean tántas las que se obstinan en exaltar la decantada felicidad de la niñez? La niñez, como toda promesa, es bella; pero como etapa de una evolución espiritual, está sujeta a grandes alternativas de dolor y de gozo. A fin de cuentas, ¿qué es la infancia sino el principio de una dolorosa revelación de fuerzas, cuyo origen y fin no se nos alcanzan plenamente? ¿El primer aviso de la existencia de ese "hombre", del que dijo Emerson que es una corriente cuyo manantial permanece oculto?

Y es que casi todos nos resistimos a analizar hechos cuya realidad, empero, reconocemos. Sólo así se explica el que para comprobar la existencia de esa tantas veces ensalzada felicidad de la niñez, haya quien compare las pre-

ocupaciones que pueda tener un niño con las que padecen las personas mayores, olvidando, no sólo las leyes de la relatividad y la proporción, sino el aspecto espiritual del asunto, único que al niño, como al hombre, afecta principalmente.

Porque lo que una vez desarrollados enturbia nuestra vida interior no es la preocupación del mañana, ni la necesidad de atender a las exigencias de hoy, sino el dominio alternativo de las emociones: y eso mismo, pero en forma más aguda por más irreflexiva, es lo que siembra de motivos de aflicción el tierno corazón del niño.

Se habla de la hermosa tranquilidad y serenidad del alma infantil. ¿Acaso puede estar serena el agua que nace para dar vida y se esfuerza por llenar su cometido arrastrando en su impulso cuantos obstáculos se oponen a su paso? Y la emoción es una de las grandes fuerzas motrices de nuestra vida espiritual.

Mejor que ignorar esas hondas perturbaciones del ánimo del niño, fuera evitar que se extinguieran sin lograr su objeto. Cierto que de todos los aspectos de la vida espiritual del pequeño, este es uno de los que más tacto y cuidado exigen. El niño siente temor y timidez ante toda manifestación de sus facultades emotivas, difícilmente habla de lo que, a más de no

comprender bien, le es tan personal como el sentimiento. Por otra parte, forzar su confianza en este respecto sería impulsarle a la disimulación. Hasta podría darse el caso de que se aumentara, con su propensión a la tristeza, la importancia que a ésta concede el pequeño.

Lo único que se puede hacer en estos casos es observar cada chico aisladamente, y, con una ternura y dulzura infinitas, procurar alejar de las pequeñas y exaltadas mentes las causas imaginarias que afligen el espíritu, atendiendo con solicitud extrema al fortalecimiento del cuerpo y a la ocupación de la inteligencia, y no dejando jamás a la criatura bajo la impresión de que su sentir puede sernos indiferente.

Así, poco a poco, lograremos que nos confíe la causa de su pesar, que nos haga su confidente dentro de los límites de lo posible, porque el niño, como antes decíamos, es de suyo timorato cuando se trata de dar expresión a lo que allá en el fondo de su alma va desenvolviéndose. Como todo ser humano, hállase destinado por su impenetrabilidad a la soledad y al aislamiento.

No obstante la preocupación que nos produce la tristeza de un niño no conviene que él crea que su dolor no tiene remedio. Por el contrario una vez obtenida su confianza hay que aprovechar el estado de ánimo en que se encuen-

tra, para hacerle ver que su pesimismo o su desolación son pruebas a vencer y sin menguar el valor de las causas que él alega y que para él es inmenso convencerle de que mientras más dura sea su lucha mayor será la fuerza que él pueda desarrollar para vencer aquélla.

XXIII

EL CASTIGO

DESDE LA Santa Biblia hasta el más vulgar compendio de refranes populares, cuantos libros se refieren a la educación del carácter, han considerado el castigo como base fundamental de todo tratamiento espiritual y moral.

Lo mismo para asegurar la bienaventuranza eterna del cristiano, como para afirmar la posesión de las cualidades y virtudes que debieran adornar al hombre en su vida pasajera sobre la tierra, los directores de conciencia y de opinión han creído siempre necesario inculcar en el alma de todo ser humano el miedo al castigo, el miedo a la consecuencia de las faltas, de las que el castigo es algo así como una prueba anticipada, y por mediación del cual se espera apartar al hombre de aquellas culpas que, se supone, puedan deteriorar la pu-

reza de sus costumbres y quebrantar su fuerza moral.

Prueba lo poco eficaz y afortunado de dichas teorías, el hecho de que, lejos de afirmarse en las generaciones sucesivas la virtud, ésta se ha ido debilitando progresivamente y con ella el criterio moral, de tal modo, que en lugar de espíritus fuertes, capaces de obrar bien por bondad inherente y razonada, la mayoría de los hombres son de voluntad débil y voluntad raquítica, y cuya principal preocupación consiste, no en abstenerse del mal, sino en eludir las consecuencias de éste. Entre tal mayoría se encuentran algunos, muy pocos, seres de acrisolada virtud y absoluta elevación de miras, y algunas otras que se conservan dentro de los límites de una determinada compostura moral, no sabemos si por convencimiento o por conveniencia solamente.

En todo caso, y como antes decíamos, el sistema educativo que hasta la hora presente se ha venido empleando para la formación del carácter del hombre, debe ser, a juzgar por los lamentables resultados que se han obtenido, totalmente erróneo y defectuoso, y las correcciones o castigos sobre las cuales se funda dicho sistema, son, indudablemente, de un efecto negativo. La vida moderna, de tendencia esencialmente restrictiva, ha significado un aumen-

to de prohibiciones que casi automáticamente multiplica los castigos y esto se observa muy particularmente en lo que al niño se refiere.

Detengámonos a considerar el asunto y veremos que la vida de los pequeños va convirtiéndose en una cadena de inútiles restricciones que, de ser tenidas en cuenta, acabarían por convertir al niño en un muñeco automático si no hallara aquél, con su natural agudeza e ingenio, el medio de eludir las consecuencias de sus omisiones y olvido.

Desde el momento en que el chico salta de la cama, por la mañana, hasta la noche, que vuelve a ella, puede decirse que no hay momento del día en que no se vea envuelto en una red de prohibiciones, referentes, no sólo a lo que afecta a su conducta moral, lo que sí es aconsejable sino a su compostura, a su indumentaria, a su alimentación y hasta a sus diversiones y juegos más inocentes, porque la ciencia ha venido a complicar la vida de los chicos, prohibiéndoles una larga serie de cosas que antes hacían impunemente, sin riesgos para su salud, y con una amplitud de acción mucho mayor de la que ahora gozan.

¿Quiere esto decir que debe dejarse al niño libertad para hacer aquello que juzgue, por sí solo, conveniente? No, por cierto: lo único que deseamos sustentar es que los castigos que a las

criaturas pequeñas se imponen por el quebrantamiento de una, o varias, o todas estas restricciones morales y materiales con que está plagada nuestra vida, son, en gran parte, responsables de la falta de serenidad, del desequilibrio moral, y la ausencia de espíritu de justicia, que en el individuo, como en la sociedad moderna se advierte.

Lo que deseamos decir es que el castigo, que en sí lleva por desgracia muchas veces un deseo de venganza, debiera desterrarse, sustituírse por una razonada y equitativa regla de compensaciones, por la cual tocara de cerca el niño las consecuencias de su imprevisión o su desidia, y eso en muy corto plazo: que nada hay tan deprimente para una criatura de pocos años como el obligarle a reparar una falta horas y días después de cometida ésta.

Tales compensaciones deberían de exigirse, siempre y cuando dieran por resultado el que el niño se diera cuenta del valor y consecuencias que para sí o para los demás puede tener su culpa, y siempre que las causas lo justificasen, nunca por defectos insignificantes o por leves faltas de cuidado, como el reírse, el saltar y gritar en la casa o el romperse un vestido, porque, aparte de que tales faltas no puede evitarlas el niño, ya que al cometerlas obedece a impulsos de su naturaleza, los castigos que por

motivos tan fútiles se imponen, son casi siempre motivados por un oculto deseo de vengar la molestia que a nosotros se nos ha causado.

Hay que tener presente que las compensaciones que al niño se exijan deben de inspirarse en el más estricto espíritu de justicia y que una vez logradas no debe volverse sobre ellas. Pocas cosas hay que tanto irriten al niño y le descorazonen como las constantes alusiones a sus pequeños y, así llamados, defectos. En realidad, sólo hay dos cosas que merezcan reparación por parte del niño y estas son la falsedad y la desobediencia deliberada. Las faltas de aplicación, de orden, de serenidad, mas se logran corregir por medio de la persuasión y el ejemplo que por castigos, y las reparaciones que por las causas antedichas se impongan no deben tomar jamás la forma de una merma de la alimentación, ni privación de aire libre y ejercicio, sino la de un pequeño y sensato recordatorio. Como por ejemplo retrasar una diversión o la realización de algún grato proyecto.

En lo que al castigo corporal se refiere, dicho se está que lo consideramos completamente inadmisible. Con él se logra, no sólo poner en peligro la salud del niño, sino quebrantar su espíritu, destruir su sensibilidad, sus sentimientos y su dignidad, despertando dentro de su al-

ma, un rencor que rara vez consigue, más tarde, desarraigar.

Pocos dichos populares habrán hecho mayor daño a la Humanidad que el de "la letra con sangre entra", que en idénticos o parecidos términos existen en todos los idiomas. Letra o conocimiento que no arraiga por la reflexión y la persuasión, es, como toda semilla que se fuerza, incapaz de producir fruto sano. Pero aun cuando no se tuvieran en cuenta los efectos que en el niño produce el castigo corporal, debiéramos abstenernos de imponerle por la degradación espiritual que supone para aquellos que le suministran.

Pegar a un niño a sangre fría y con deliberado propósito de lograr un mayor bien, es un error: golpearle, como en la mayoría de los casos ocurre, por descargar nuestro mal humor o por la ira que en nosotros produce un acto suyo de aparente insubordinación, es siempre un abuso de fuerza y en ocasiones una insigne cobardía.

Si pensáramos en ello nos convenceríamos de que no tenemos derecho alguno a pegar a una criaturita más débil e inconsciente que nosotros, y que, el temor que al hacerlo infundimos en el ánimo de los pequeños seres que nos rodean, es uno de los más grandes atropellos que pueden cometerse: más trascendental por

sus consecuencias y más injusto por lo inmerecido, que muchas de las llagas y problemas sociales que preocupan a la Humanidad.

Pero, aparte el castigo corporal y la mesurada reconvención, utilizan los educadores otro medio para lograr influjo sobre la tierna voluntad del niño medio que, aplicado en forma exagerada, puede ser tan nocivo como el primero. Me refiero al abusivo empleo del reproche sentimental con que suelen algunas personas abrumar a los pequeños, hasta arrancarles la promesa de no volver a incurrir en la falta que cometieron. Hay quienes apelan no ya a una sencilla y lógica invocación de cariño, sino a lágrimas, a severos silencios, a una real o fingida enfermedad, todo ello con el objeto de provocar hondo arrepentimiento en el chico; pero de modo tan insistente, que en muchos casos acaban por convertir al recipiente de la reconvención en un sujeto hipersensible y lacrimoso, o, llegado a último extremo, a matar en su alma el germen del afecto sincero.

Hay criaturitas que viven en continuo sobresalto por temor a que su madre enferme a consecuencia del disgusto que la producen las más insignificantes travesuras, y este sistema, como el del castigo corporal, tiene, entre otros, el inconveniente de impedir que el niño se forme un elevado concepto del deber, o séase: el

de hacer el bien por el bien mismo, no por conveniencia propia, por miedo o por exagerada sensiblería.

Desde luego más que con un castigo como los que corrientemente se imponen a los pequeños se obtienen resultados demostrándoles una firmeza serena y dulce a la vez. Ello obliga a mostrar un control absoluto de los propios nervios agostados muchas veces en personas que tienen dos, tres y hasta más niños a su cuidado; pero es el único medio de imponer en los pequeños cerebros dictados de razón.

El niño posee un arma que es con frecuencia causa de que las personas mayores se impacienten y actúen en sentido contrario a lo que deben. Esa arma es "la rabieta", "el pataleo" o como quiera llamarse a las pequeñas crisis de furia con las que algunos chicos tratan de ganar la batalla para hacer lo que les viene en gana. El responder a esas crisis con gritos y regaños es un error; lo que más desarma a un chico es decirle que como sus gritos no tienen disculpa porque son inmotivados y por otra parte son sumamente desagradables de oir, conviene que se siente en algún lugar un poco apartado en tanto no cesen sus chillidos. Hay que explicarle sin regaños que si no molesta a nadie con ello puede si quiere desahogar su ánimo chillando un poco más.

Ese sencillo permiso le quita inmediatamente al niño, siempre y cuando no haya verdadera causa para su pesar, el deseo de seguir chillando. El remedio es bien sencillo pero la persona que lo aplique ha de poseer un caudal inagotable de paciencia.

XXIV

LOS JUEGOS

RARA VEZ concedemos la debida importancia a los juegos y pasatiempos con que distrae su atención el niño, no obstante ser aquéllos auxiliares poderosos de todo sistema de educación infantil.

La necesidad de entrenar la mentalidad del niño, por modo que pueda en poco tiempo dar su rendimiento máximo, nos lleva muchas veces a querer encauzar sus aficiones intelectuales con tan unilateral empeño, que rara vez se le concede a la propia espiritualidad del pequeño el derecho de colaborar en el proceso de su desenvolvimiento cultural.

En los juegos, felizmente, la personalidad infantil libre de toda coacción, puede afirmarse y manifestarse plenamente, aumentándose en ella la riqueza de la imaginación y la facultad

creadora a la par que determinarse el carácter.

Si observamos cuidadosamente a los niños mientras juegan, apreciaremos en ellos cualidades que nos revelan aspectos de su vida de cuya existencia no nos habíamos dado cuenta. Pequeños que en presencia de las personas mayores aparecen cohibidos y escasamente dotados de medios de expresión, entre otros niños, son resueltos, elocuentes, amigos de dirigir y de mandar, valerosos e imaginativos. Y tal cual se nos revelan entonces, es como son en realidad: por eso conviene elegir para el estudio de su personalidad el momento en que, distraídos en sus juegos, no ocultan sus naturales aptitudes ni se esfuerzan por seguir la norma que los guías de sus pequeños cerebros impusieron a su voluntad.

Tal estudio debe, sin embargo, de ser llevado a cabo con gran tacto y delicadeza y sin que el niño lo advierta: de lo contrario, jamás llegaremos a sorprender su manera de ser íntima. Por lo mismo, no conviene que nos inmiscuyamos demasiado en sus juegos ni procuremos sujetarle a nuestro gusto en este terreno.

Puede, sí, aconsejársele y poner a su alcance lo preciso para que el pequeño realice la obra de su desenvolvimiento sin contrariarle, excepto en aquéllo que juzguemos nocivo para su salud, ni hacerle más consideraciones que las

que creamos oportunas desde el punto de vista de la higiene. Así, por ejemplo, puede y debe de hacérsele ver que convienen a su salud los juegos y el ejercicio al aire libre, y el entrenamiento físico y moral que del cultivo de los deportes se desprende.

Fuera de esto, el niño tiene derecho a ser el entrenador de su voluntad en esta materia.

Tampoco conviene acostumbrarlo al uso exclusivo de juguetes muy perfeccionados, que, además de no estimular sus facultades imaginativas, suelen hastiar a la mayoría de los pequeños.

¡Cuántas veces sufren un desencanto las personas mayores al ver que los niños, echando a un lado juguetes costosísimos, se entretienen horas enteras con las cosas más nimias y de ningún valor! Por regla general, un pequeño se divierte más con una cuerda amarrada a una silla, que con un caballo de cartón o madera bien enjaezado, con un pedazo de caña y un bramante convertidos en un arco, que con una escopeta de complicada mecánica: con una mesa y cuatro tablas, fantástica ilusión de un acorazado, que con un minúsculo modelo de yacht. Y lo mismo a las niñas. ¿Quiénes de entre éstas no prefiere improvisar los cacharritos de su casa de muñecas y vestir éstas con trapitos confeccionados por sus propias manos, a jugar con

las que, para su regalo, preparan los fabricantes más expertos? ¿Y quién de todos nosotros no conservará el recuerdo de esas horas inolvidables de encanto en que, al mágico impulso de nuestra voluntad, trocábanse en imaginarios gigantes los árboles, del jardín o del paseo, en balandros veloces las hojas de rosas, en balas mortíferas inofensivos guisantes, en fortaleza inexpugnable un montón de piedras y en insignia sagrada un pañuelo atado al palo de una escoba?

Yo misma he visto a una niñita de cuatro años, dueña de numerosas y riquísimas muñecas, otorgar su preferencia a una mano de mortero, vestida por ella, con una toalla vieja.

El niño, hombre incipiente, necesita ser el creador de su felicidad; dar él mismo la deseada forma a la visión de belleza que su mente engendra. Pongamos a su alcance los elementos primarios del juego, pero dejémosle que sólo y a su gusto los desarrolle y resuelva. De lo contrario, nos expondremos, bien a limitar el esfuerzo del chico, bien a ver descompuestos los juguetes costosos para poder armarlos después a su manera.

Una de las distracciones que con mayor afán busca el niño, y la que más influye en su desarrollo espiritual, es la lectura.

De todos modos, ha de llegar el momento en

que el niño solicite, por su propio impulso, libros que contengan hechos verídicos, o como dicen ellos, "cosas que hayan pasado de verdad".

Este es el punto indicado para darles a leer biografías de hombres ilustres, libros de viajes, y, sobre todo, narraciones de hechos históricos. Carlyle decía que "la Historia debe de ser la base de la educación cultural", y aconsejaba que fuese lo primero que se ofreciese a los que sintieran curiosidad y ansias por saber.

Claro es que no puede establecerse una regla fija en materia tan compleja como ésta, y en la que rigen factores tan importantes como el gusto personal y la facultad comprensiva. Sin embargo guardándose el orden indicado, se evitará, por lo menos, que el cerebro del niño lleve a cabo un esfuerzo exagerado, y se logrará estimular su natural afición a la lectura.

Por otra parte es cosa que preocupa a mucha gente el saber qué clase de libro conviene ofrecer a la insaciable curiosidad de los niños, una vez pasada la época en que su imaginación se nutre de la narración de hechos sencillos y de los cuentos de hadas. A propósito de estos últimos, hay quien los condena, por opinar que inculcan en los cerebros infantiles falsos conceptos de vida que, a su vez, producen desengaños.

Creemos tal temor infundado, entre otras

razones, porque a cierta edad, la vida toda es como un maravilloso cuento de hadas, y, tarde o temprano, muchos de los aspectos de aquélla nos causan una desilusión que la realidad no logró evitarnos. En cambio sí hay que hacer una cuidadosa selección de las obras de este género que se le ofrecen a un pequeño. Hay algunos cuentos de hadas en los que se presentan tipos de horrible crueldad, avaricia y otros defectos cuya narración puede serle perjudicial a un niño, débese pues hacer una cuidadosa selección de las obras de este tipo, que, sin acostumbrar al pequeño a fiar en el azar, peligro que pudieran también entrañar, sean como una preparación para ulteriores enseñanzas y lecturas.

Durante la primera etapa de edad de un niño convienen a éste los cuentos de animales con los que pueden desarrollarse los sentimientos de amor y protección hacia los seres más débiles e indefensos.

Pasada la época de los libros de narraciones fantásticas de hadas y otras creaciones imaginarias, suelen interesarles a los chicos los libros de aventuras infantiles, de juegos y diversiones que estén al alcance de sus años y que pueden ser sustituidos por historias de aventuras y hechos interesantes.

En general los autores de los países nórdi-

cos han tenido más acierto que los de origen latino para crear una literatura infantil adecuada. Sus obras son menos complicadas, más imaginativas que las de los escritores sudeños. Bien es cierto que el género de literatura más difícil que existe es la que tiene por objeto el distraer a los pequeños y por añadidura el que mayor responsabilidad moral contiene.

XXV

DE LA RISA Y EL LLANTO

No hallaremos en la vida armonía más bella que la risa espontánea, sincera y cristalina de un niño.

Para los que, agotada ya el ansia de vivir y la facultad de gozar, pocas veces sienten el deseo de reir, ese sonido alegre, que brota burbujeante como el agua de la entraña de los montes, es algo así como el eco de todas las felicidades pasadas, la condensación de cuanto hay de puro, de inocente y de bello en el mundo.

Nada hay tan tierno como la risa de un niño, más conmovedora aún que su llanto, porque revela la inconsciencia del mal, el desconocimiento del dolor, y nos hace temblar ante la idea de lo que significará tal iniciación más tarde. Los niños, como pequeños peregrinos en

el valle de la vida, juegan al sol antes de emprender la marcha penosa, y su risa es el clarín renovador que anima a los que se sienten desfallecer ante las asperezas del camino, es el aviso de que la larga cadena de la continuidad no se interrumpe, que no surgirá el abismo entre los que son y los que van a ser sino que la obra emprendida y el sacrificio y el amor derrochados, son bienes que recogerán los que nos siguen siempre.

Asimismo, nada resulta tan acusador como la risa del niño, el reproche vivo a cuanto hay de falso, de malsano y de malicioso en el mundo. Ante ella se ocultan humilladas esas muecas que son las sonrisas de la envidia, de la lujuria, del sarcasmo y el desdén.

En la risa del niño todo es bueno y santo y es necesario que nosotros contribuyamos y ayudemos a cultivar la bella armonía. Es indispensable, que como campana de plata sigan repercutiendo a través de la vida las alegres e inocentes carcajadas. A la madre, antes que a nadie, corresponde el deber de prolongarlas. No dejemos que se apaguen antes de tiempo, que las ahuyente la voz sombría de nuestro mal humor, de nuestros nervios, de nuestras preocupaciones tantas veces egoístas e infundadas.

Nosotros somos el manantial de donde brota la alegría de los pequeños y en nuestras manos

está el encauzarla y conservarla largo tiempo, porque la risa del niño no la provocan las riquezas ni la vanidad halagada, sino la comprensión y el cariño de los que le rodean.

En cambio hay que trabajar sin descanso para desterrar en lo posible del mundo esta otra manifestación del sentir del niño, tan desconsoladora en su absoluta inutilidad: sus lágrimas.

No hay reproche más abrumador que aquel que, envuelto en su llanto, lanza el niño a la Humanidad.

Con sus lágrimas los chicos reprueban nuestra incomprensión, nuestro egoísmo y hasta la existencia, que como supremo don les hicimos nosotros. Y precisamente porque en el fondo de la conciencia universal existe la evidencia de que directa o indirectamente, por colaboración activa o pasiva, contribuímos a ese malestar y dolor de la infancia, es por lo que tan hondamente nos afecta el llanto acongojado, las gotas destiladas del sufrir de las criaturitas, cuyas penas ni siquiera acertamos a comprender.

El llanto del niño es infinitamente más conmovedor que el del hombre, y sin embargo, ¡cuánto más se hace por aliviar éste! Y mientras así sea, mientras se desborden incesantemente las corrientes amargas del dolor infantil, la vida nuestra carecerá de hondura y de

significado. Esas lágrimas del niño nacen casi siempre del sufrimiento físico. ¿Cómo no contemplarlas con ansiedad si son lo que puesto en palabras nos preguntamos tantas veces sin hallar la respuesta, lo que más puede torturarnos? ¿Por qué existe y por qué es posible el sufrimiento de unos seres en cuya limitada existencia nada pudo hacer que mereciera semejante castigo?

XXVI

EPÍLOGO

"... su madre, empero, guardaba todas estas cosas en su corazón".

(SAN LUCAS, cap. II)

ERA su hijo...

Dióle de niño vida, le arrulló en sus brazos, y sostuvo, con amor incansable, sus primeros pasos titubeantes e inseguros.

De mozo acarició su frente pura, apartando de ella los rizos rebeldes para escudriñar los ojos luminosos, en cuyo fondo se condensaban todas las tristezas del mundo.

Ya hombre, siguióle paso a paso por los montes áridos y los campos henchidos de grano, y veló su descanso, y atesoró en su corazón las palabras que, como santa semilla, derramaban los labios del Predestinado.

Y cuando llegó la hora de la suprema inmolación, la Madre, recogiendo en un último y sobrehumano esfuerzo las energías agotadas de su alma, lanzóse sobrecogida de espanto tras del hombre que iba a ser crucificado.

Vióle a lo lejos subir el Calvario. Le rodeaban soldados de faz amoratada, e irrumpieron en el espacio los insultos, los gritos y amenazas. El Sol primaveral caía de plano sobre la tierra preñada, liberando de su regazo los capullos y vigorizando los tallos. Los campos se estremecían de gozo ante el renacer de sus frutos, pero en el corazón de la Madre había hecho presa el dolor, y sus ojos llorosos vislumbraban la muerte.

Tendiéronle sobre el leño áspero, alzándole luego para que todos le contemplaran. Cayó la hermosa cabeza sobre el pecho buscando reposo, y al fin le halló... Y de la garganta de la Madre escapáronse los sollozos que retenía aprisionados, y uno tras otro fueron enlazándose hasta formar la expresión suprema de la desolación. Como burbujas de agua, amargada por el mal, resbalaron por las laderas e inundaron los campos y se esparcieron por el mundo, y poco a poco fueron sumándose a ellas los lamentos y lágrimas de todas las madres que se quedaban sin hijos o por ellos penaban y todas se fundieron hasta formar una sola y gigan-

tesca exhalación de dolor que repercute y repercutirá a través de los tiempos.

Pero de ese mismo dolor nacerá el remedio: porque el amor de las madres, que es más fuerte que sus pesares todos, se erguirá algún día contra los que causan éstos, y triunfará de la ignorancia, y de la ambición, y de la maldad, que se oponen a la plena realización de su obra. Y el día en que los derechos y deberes de las madres se eleven sobre todos los otros deberes y derechos humanos, hallaránse más próximos a la felicidad todos los hombres porque la paz del mundo se habrá asegurado.

FIN

ÍNDICE

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

		Págs.
Dedicatoria		7
Santos Avisos		9
Preámbulo		15
I.	La madre y el hombre de mañana	21
II.	La Vanidad	35
III.	La Terquedad	41
IV.	La Curiosidad	47
V.	La Envidia	53
VI.	La Ira	59
VII.	El Egoismo	65
VIII.	La falta de probidad	71
IX.	La Ingratitud	77
X.	La Crueldad	83
XI.	La falta de generosidad	89
XII.	El miedo y la cobardía	95
XIII.	La Mentira	103

SEGUNDA PARTE

XIV.	El sentimiento patriótico	111
XV.	Del sentimiento religioso	117
XVI.	El instinto de libertad	123

XVII. El instinto del pudor 129
XVIII. La Individualidad 135
XIX. El sentido de la lógica 141
XX. El concepto del derecho 149
XXI. El sentimiento estético 155
XXII. De la propia conmiseración 161
XXIII. El Castigo 169
XXIV. Los Juegos 179
XXV. De la risa y el llanto 187
Epílogo 191

Terminóse la impresión el día 30 de septiembre 1958, en los talleres de la Editorial de B. Costa-Amic, calle Mesones, 14. México, D. F.